

AÑO XXI
N.º 504



La Ilustración SUD AMERICANA



Nuestro XXII Aniversario

PINILLOS, IZQUIERDO & C^{IA}.

CADIZ

SERVICIO REGULAR MENSUAL ENTRE ESPAÑA Y EL RIO DE LA PLATA

Lujosos y confortables camarotes para pasajeros.
Salón para fumar, Salón de Música, Bar, Peluquería, etc.

PROXIMA SALIDA

CADIZ
EL 31 DE DICIEMBRE DE 1913

Agentes para el Río de la Plata:

Gonzalo Saenz & Cía.

MAIPÚ 33 — Buenos Aires

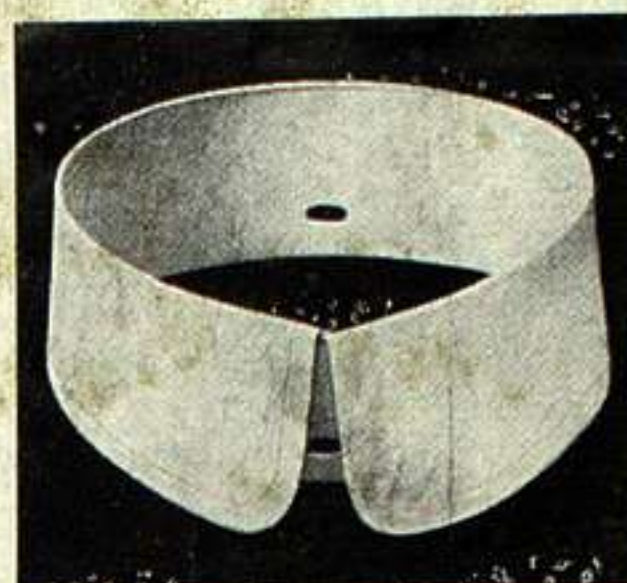
Agentes en todas las sucursales del Banco Español del Río de la Plata

Está en su propio interés

USAR LOS AFAMADOS

CUELLOS Y PUÑOS MEY

pues así puede economizar mucho dinero, porque ellos cuestan solamente la décima parte que los de hilo e igualan completamente a estos en cuanto a su brillo y corte elegante.



Panamericano — \$ 0.90 la docena

A LA
Elegancia Económica

BUENOS AIRES:

Esmeralda 184

ROSARIO:

Sarmiento 779



"Continental" — \$ 0.90 la docena

BANCO "EL HOGAR ARGENTINO"

SOCIEDAD DE CRÉDITO REAL (COOPERATIVA, LIMITADA)
FUNDADO EN 1899

Casa Matriz: Avenida de Mayo N.º 886 - Buenos Aires

SUCURSALES — ROSARIO de SANTA FE: Calles General Mitre y Santa Fé. — BAHIA BLANCA: Calles Chicla y Lavalle. — CÓRDOBA: Calle San Jerónimo 151 y 153.

CAPITAL REALIZADO:

Por acciones preferidas (Capital permanente).....	\$ m. 45.479.600.—
Por acciones ordinarias (Capital variable).....	\$ m. 11.958.188.35

OBLIGACIONES DE CAPITAL EN CIRCULACIÓN:

Emitidas en Buenos Aires.....	\$ m. 2.000.100.—
Emitidas en París (\$ 16.971.700, oro sellado).....	\$ m. 38.572.015.44
Préstamos Hipotecarios y para Construcciones en vigor.....	\$ m. 76.292.201.78
Propiedades con promesa de venta.....	\$ m. 13.901.823.70
	\$ m. 90.194.028.48

PRESTA DINERO para la construcción de edificios, y sobre hipotecas de casas y campos a bajo interés y largos plazos.

FACILITA LA ADQUISICION DE CASAS, mediante el pago de una reducida suma al contado y el resto en cuotas mensuales.

Buenos Aires, 30 de Junio de 1913.

A. MELIAN, Gerente.

BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA

Casa Matriz: RECONQUISTA 200, Buenos Aires

Capital suscrito: \$ 100.000.000 c/l. — Capital integrado hasta el 30 de Septiembre de 1913: \$ 94.952.870 c/l. Fondo de reserva y previsión: \$ 44.617.614.74 c/l. — Prima a recibir sobre las acciones no integradas: \$ 3.028.278. — c/l. — Sucursales: EN EL EXTERIOR: Barcelona, Bilbao, Coruña, Génova, Hamburgo, Londres, Madrid, Montevideo, (con dos agencias) París, Río Janeiro, São Paulo, Santos, San Sebastián, Valencia (con una agencia en el puerto «El Grao») y Vigo. EN EL INTERIOR: Adolfo Alsina, Bahía Blanca, Balcarce, Bartolomé Bavió, Bartolomé Mitre, Carlos Casares, Concordia, Córdoba, Coronel Suárez, Dolores, Gualeguaychú, La Plata, Lincoln, Lomas de Zamora, Luján, Mar del Plata, Mendoza, Mercedes (Bs. As.), Mercedes (San Luis), Nueve de Julio, Pehuajó, Pergamino, Posadas, Rafaela, Rosario, (con dos agencias) Rivadavia, Saliqueló, Salta, San Juan, San Luis, San Nicolás, San Pedro, San Rafael, Santa Fé, Santiago del Estero, Tres Arroyos, Tucumán y Villaguay.

Agencias en la Capital: N.º 1 Pueyrredón 185; N.º 2 Almirante Brown 1422; N.º 3 Vieytes 2000; N.º 4 Cabildo 2091; N.º 5 Santa Fé 1999; N.º 6 Corrientes 3200; N.º 7 Entre Ríos 785; N.º 8 Rivadavia 6902; N.º 9 Triunvirato 802; N.º 10 Bernardo de Irigoyen 1399; N.º 11 Caseros 2965; N.º 12 Charcas 1357; N.º 13 Bolívar 399; N.º 14 Belgrano 2964; N.º 15 Bernardo de Irigoyen 179; N.º 16 Reconquista y Santa Fé.

Corresponsales directos en Europa, Asia, Africa, América del Norte y del Sud, etc. Exp. le cartas de crédito, letras de cambio y transferencias por cable. Compra y venta de títulos y valores cotizables en las plazas comerciales. Cobranzas de cupones y dividendos. Se reciben valores y títulos en custodia. Descuentos y cobranzas de pagarés y letras. Se reciben depósitos hasta nuevo aviso, en las condiciones siguientes:

SE ABONA		Milegal	Orell.	SE COBRA		Milegal	Orell.
En cuenta corriente.....	1	0/10	1	Depósitos a premio con libreta desde 10 \$ c/l. hasta 10.000.	1	1/2	1
A 30 días.....	1	1/2	1	después de 60 días.....	4	4	4
60 ".....	2	1/2	2				
90 ".....	3	1/2	3				
6 meses.....	4	1/2	4				
1 año.....	4	1/2	4	En cuenta corriente.....	9	9	9
2 ".....	5	1/2	5	Descuentos generales.....	Convencion.	1	1
3 ".....	5	1/2	5				
4 ".....	6	1/2	6				

Buenos Aires, Septiembre 30 de 1913

Jorge A. Mitchell, Elias D. Aramburri, gerentes

EL ACCESORIO MAS IMPORTANTE AL AUTOMOVIL ES EL NEUMATICO

La CUBIERTA de GOMA ACERADA, fabricada por
WOOD-MILNE Lda.

PRESTON, INGLATERRA

Se ha probado la MEJOR de todas en CIUDAD y CAMPO

La cubierta "Wood-Milne"

es 40 á 50 o/o más fuerte y resistente que cualquier otra marca en el mundo

Siempre hay existencia de tamaños comunes fresca de la fábrica.

Modelos "GRIPRIB" y "ANTIDERAPANT"
ambos reforzados - tipo "COLONIAL"
Cámaras de aire - Extra fuertes

Pidan datos y precios á los Unicos Representantes en las Repúblicas ARGENTINA, BRASIL y URUGUAY

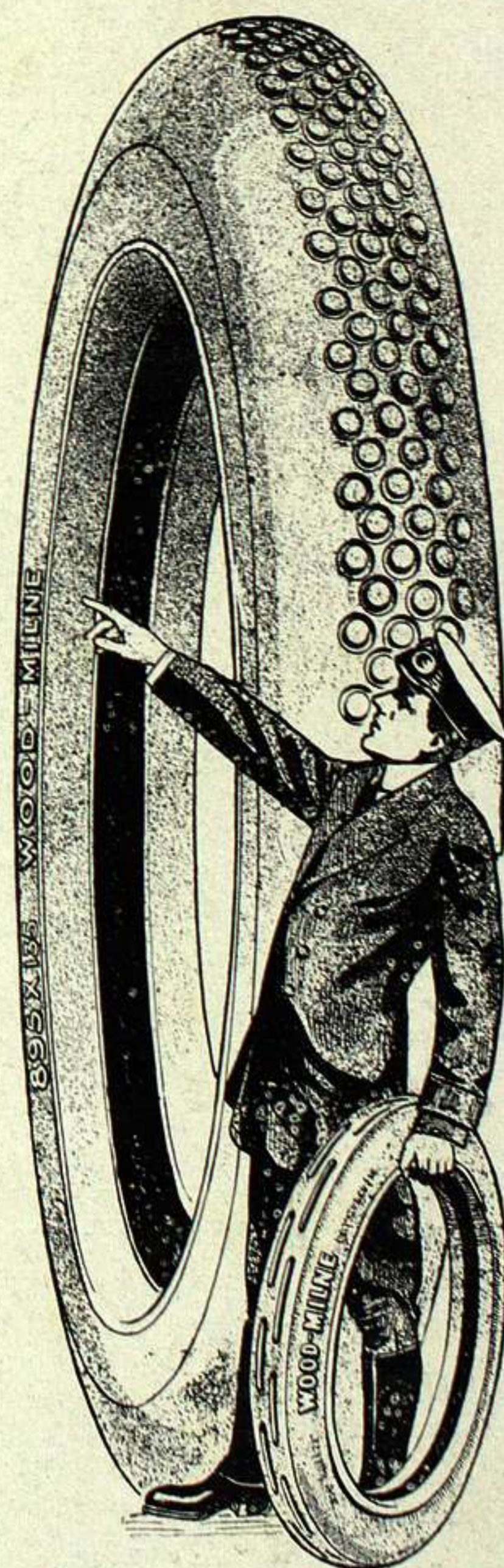
F. D. MACKAY & Cía.

BELGRANO 702-706



BUENOS AIRES

Telegramas: "ENLIGHTEN" — Teléfono: Unión 280, Avenida



Pruébenlas y Convéncense



LA ILUSTRACIÓN SUD AMERICANA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO XXI.—NÚM. 504

BUENOS AIRES, 30 DE DICIEMBRE DE 1913

DIRECTOR-PROPIETARIO
MIGUEL A. PICHOT



22 AÑOS

Nuestra revista que, siendo la ilustración Argentina por excelencia y por decanato, es la revista de Sud América, mejor dicho de la América latina, cumple ahora 22 años de vida. Durante ellos ha conquistado y ha conservado posiciones merecidas. No es este el momento, pues, de prometer sino de disfrutar los éxitos obtenidos, tratando por todos los medios de que sean siempre más grandes en beneficio del público, cuya satisfacción constituye todos nuestros ideales y aspiraciones.

Coincide este aniversario con las fiestas de fin de año. Aprovechamos este ambiente de regocijo y de esperanza para saludar á ustedes.

NOCHE BUENA



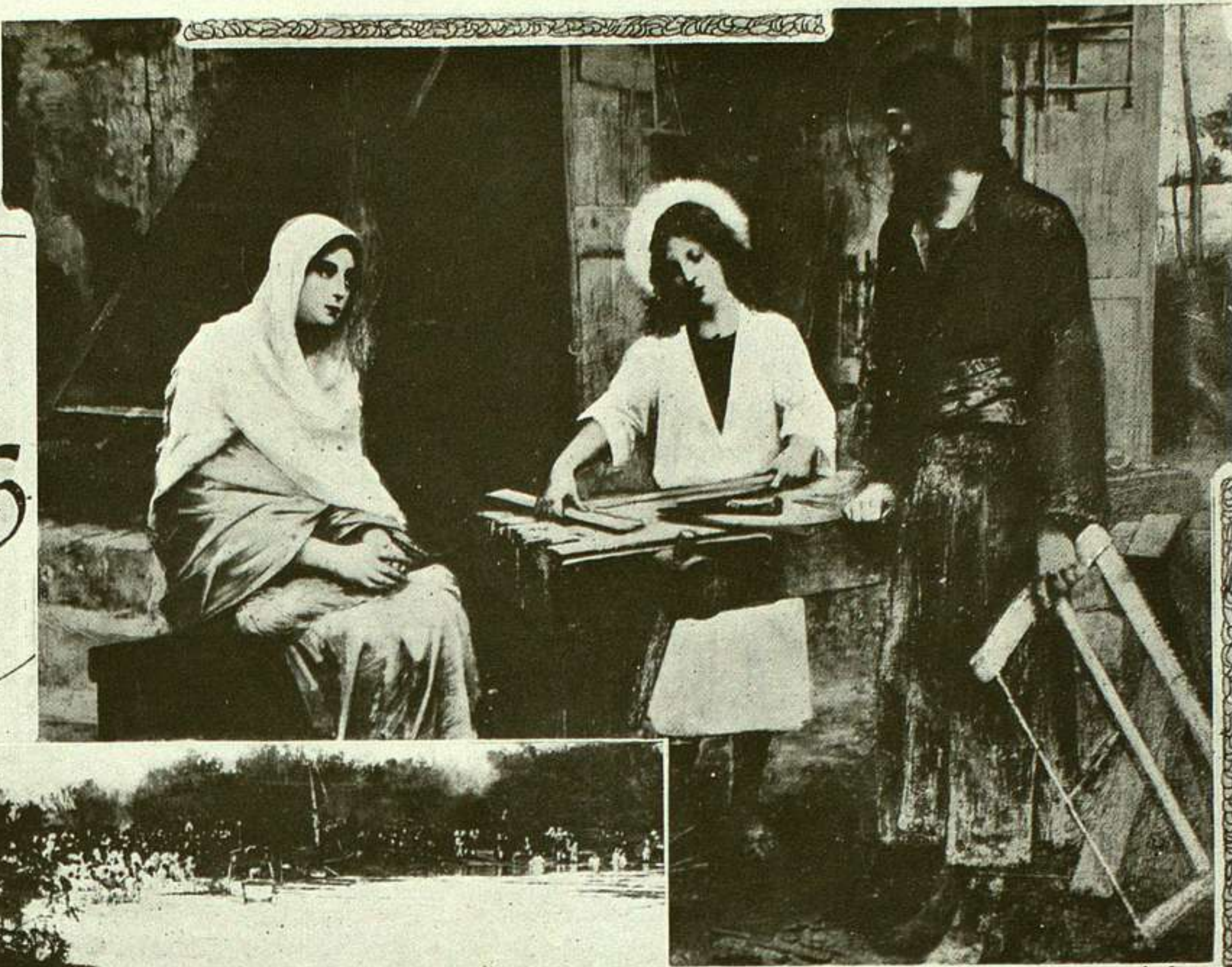
SU CONMEMORACIÓN EN EL GRAN MUNDO DE BUENOS AIRES

FIESTA CELEBRADA POR LAS DAMAS PERTENECIENTES Á LA ASOCIACIÓN DEL DIVINO ROSTRO, EN EL CASTILLO DEL TALAR.—DOS MESAS DURANTE LA CENA

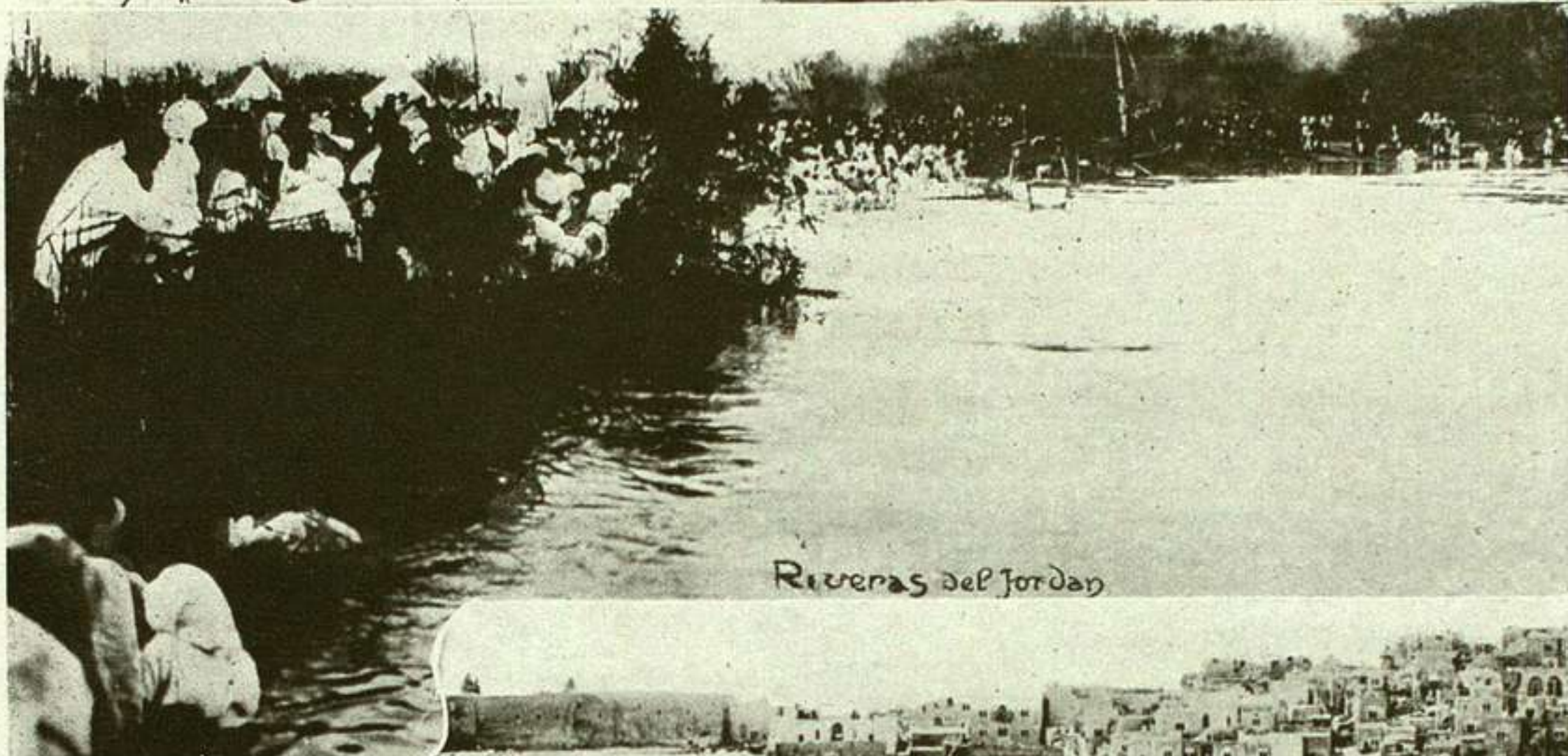


LA MISA DE GALLO. — GRUPOS DISEMINADOS POR LOS JARDINES DESPUÉS DE LA CEREMONIA TRADICIONAL

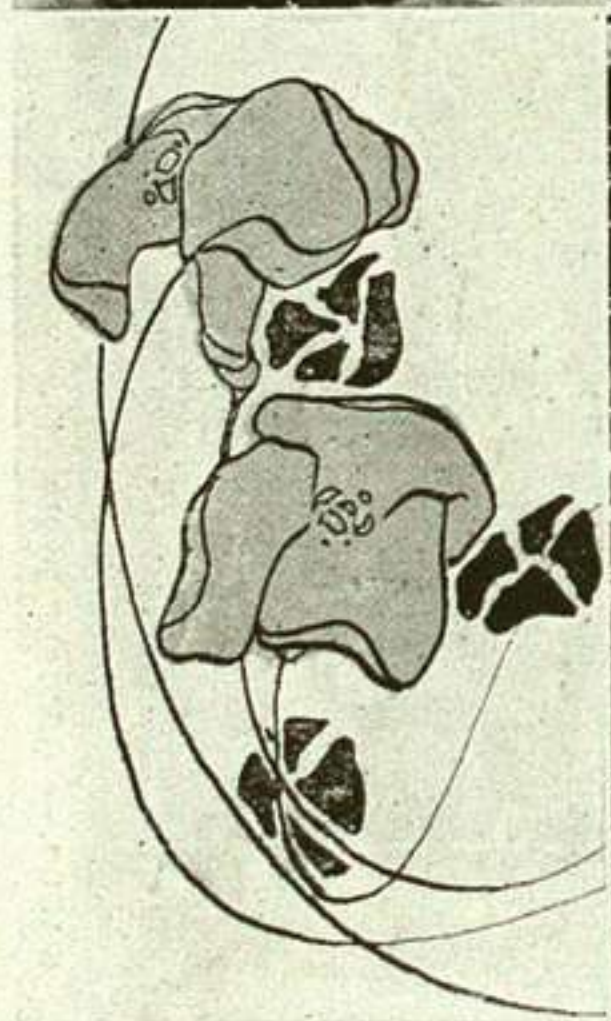
SANTOS LUGARES



La sagrada familia



Riberas del Jordán



Belén

El monstruo de la civilización

San Pedro resucitando á la vieja Dorcas; la milagrosa florecencia de los rosales de Saarón; el Niño bebiendo en la huida hacia Egipto, á la sombra de los árboles que los ángeles iban sembrando delante, son fábulas... Pero son fábulas que hace dos mil años dan encanto, esperanza, abrigo consolador y energía para vivir á un tercio de la Humanidad. Los lugares donde ocurrieron esas historias, de seguro muy sencillas y muy humanas, que después, por la necesidad que el alma siente de lo divino se transformaron en la linda mitología cristiana, son por lo mismo venerables.

En ellos vivieron, combatieron, enseñaron, padecieron, desde Jacob hasta San Pablo, todos los seres excepcionales que hoy pueblan el cielo. Jehová, sólo entre esos montes se mostraba, con terrorífico esplendor, en el tiempo en que visitaba á los hombres. Jesús descendió á esos valles me'ancólicos para renovar el mundo. Siempre fué la Palestina la residencia preferida de la Divinidad. Nada material debía, pues, profanar su espiritual recogimiento. Y es triste que la humareda del Progreso ensu-



Natividad

cie un aire que conserva el perfume del paso de los ángeles, y que sus carriles de hierro revuelvan el suelo donde aún no se apagaron las pisadas divinas.

Destruir la influencia religiosa y poética de Tierra Santa, así en los corazones sencillos como en las inteligencias cultas, es un retroceso en la Civilización, en la verdadera, en aquella que tiene por mejor esfuerzo perfeccionar el Alma que reforzar el Cuerpo. Y las locomotoras maniobrando por la Judea y Galilea, con su material de carbón y hierro, su inevitable desarrollo de hoteles, ómnibus, billares y farolas de gas, destruyen irremediamente el poder emotivo de la Tierra de los Milagros, porque la «modernizan», la «industrializan» y la hacen cosa común.

Ese poder, ese influjo espiritual de Palestina ¿de qué provenía? De haberse conservado á través de estos cuatro mil años inmutablemente «bíblica y evangélica»... Ciertamente que sobrevinieron mudanzas en Israel; la administración turca tiene menos esplendor que la administración romana; de los verjeles que rodeaban á Jerusalén sólo quedan peñascos y ortigas; las ciudades, desmoronadas, perdieron su heroísmo de ciudadelas; el vino es raro; todo saber se apagó, y no dudo de que dentro de poco en Sión, en algún terrado de mercado levantino, se escuche á la luz de la luna el vals de *Madame Angot*.

Pero la vida íntima en su forma rural, urbana ó nómada, las costumbres, las ceremoniales, los trajes, los utensilios, todo permanece como en los tiempos de Abrahán y en los tiempos de Jesús. Entrar en Palestina es penetrar en una *Biblia* viva. Las tiendas de piel de cabra plantadas á la sombra de los sicomoros; el pastor apoyado en su alta lanza seguido de su rebaño; las mujeres veladas de amarillo ó de blanco, cantando, camino de la fuen-

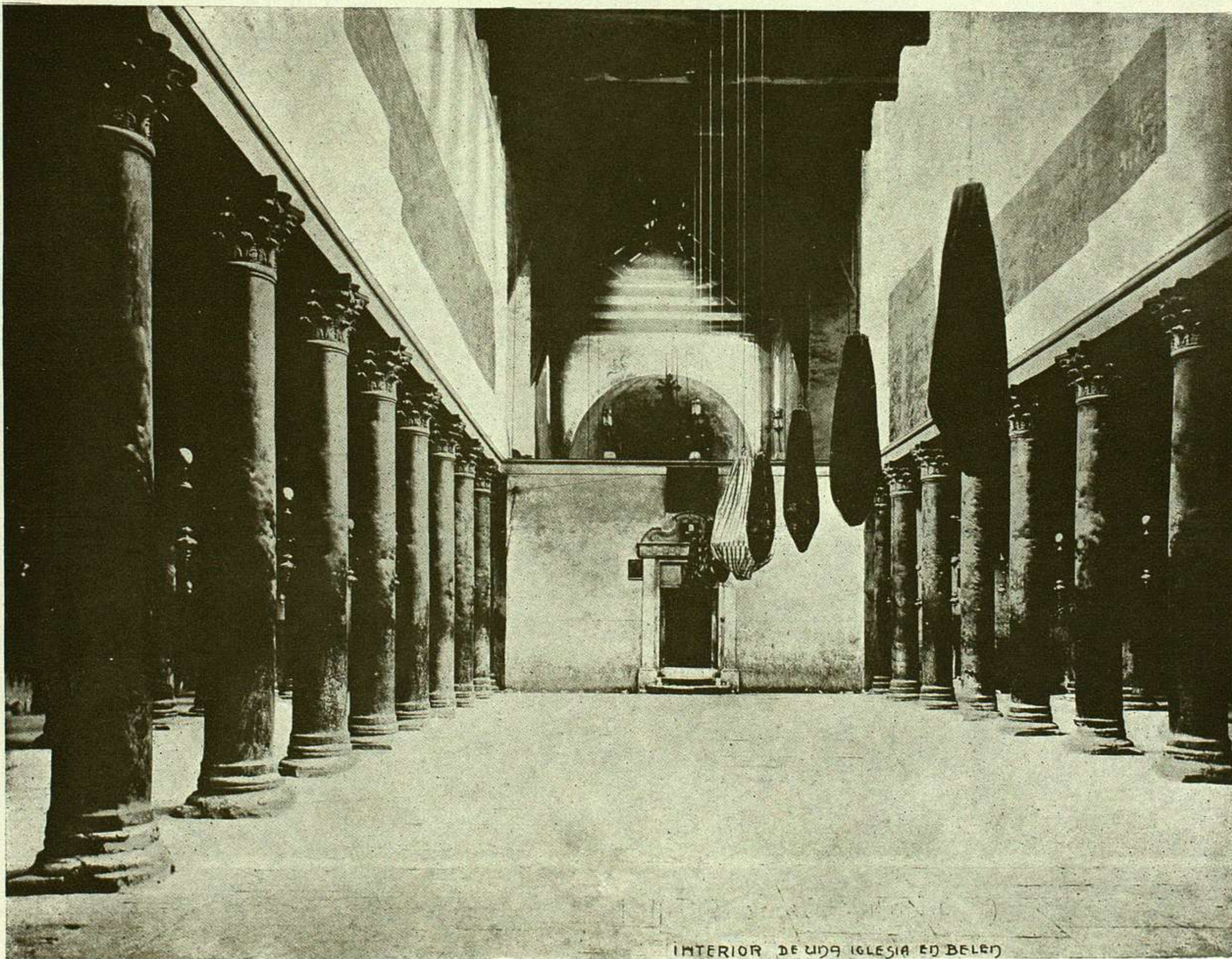
te, con el cántaro al hombro; el montañés tirando con su honda piedras á las águilas; los viejos, sentados al fresco de la tarde, á la puerta de las quintas muradas; las claras terrazas llenas de palomas; el escriba que pasa con su tintero colgado á la cintura; las siervas moliendo el grano; el hombre de largos cabellos nazarenos que nos saluda con la palabra *paz* y que habla con nosotros por parábolas; la hospedera que nos acoge tendiendo para que pasemos una alfombra sobre el umbral de su morada; y hasta las procesiones nupciales, y las danzas lentas al *ruf-ruf*, de las panderetas, y las plañideras en torno de los sepulcros blanqueados, todo transporta al peregrino á la vieja Judea de las *Escrituras*, y de un modo tan prudente y real, que á cada momento dudamos si aquella ligera y morena mujer, con grandes pretes de oro y aromas de sándalo que conduce un cordero atado á una punta del manto, no será Raquel, ó si entre los hombres sentados á la sombra de la higuera ó de la viña, aquel de barba corta y rizada que levanta el brazo, no será Jesús enseñando.

Esta sensación es preciosa para el creyente y preciosa para el intelectual, porque le pone en comunión flagrante con uno de los más maravillosos momentos de la Historia Humana. De seguro que sería igualmente interesante (más interesante quizás) que se pudiera recoger la misma emoción en Grecia, y que se encontrase allí con sus trajes, sus maneras, su sociabilidad la grande Atenas de Pericles. Desgraciadamente aquella Atenas incomparable yace muerta, para siempre soterrada, deshecha en polvo bajo la Atenas romana, la Atenas bizantina, la Atenas bárbara, la Atenas musulmana y la Atenas constitucional y sórdida. Por todas partes el viejo escenario de la historia está de este modo en ruinas. Los mismos montes perdieron, á lo que parece, la

configuración clásica, y nadie puede hallar en el Lacio el río y el fresco valle que Virgilio habitó y tan virgilianamente cantó. Un sitio único en la tierra permanecía aún con los aspectos y las costumbres con que le habían visto y de que habían participado los hombres que dieran al mundo una de sus más altas transformaciones: este sitio era una porción de Judea, de la Samaria y de Galilea. Si fuese groseramente «modernizado», nivelado con el prototipo social amado del siglo, que es el distrito de Liverpool ó el departamento de Marsella, y desapareciese de este modo y para siempre la oportunidad educadora de ver una grande imagen del Pasado, ¡qué profanación, qué devastación horrible y bárbara! Y perdiendo esa forma superviviente de las civilizaciones antiguas, el tesoro de nuestro saber y de nuestra inspiración queda irreparablemente disminuido.

Nadie más que yo aprecia de seguro y venera un camino de hierro, y había de serme penoso realizar jornadas de París á Burdeos, como Jesús sucía del valle de Jericó á Jerusalén, montado en un burro. Sin embargo las cosas más útiles son inoportunas y aun escandalosas cuando invaden groseramente lugares que no son congéneres suyos. Nada más necesario en la vida que un *restaurant*, y todavía nadie, por muy incrédulo é irreverente que sea, desearía que se instalase un *restaurant*, con su sonar de platos y su vaho de guisos, en Notre-Dame ó en la vieja Catedral de Coimbra. Un ferrocarril es obra laudable entre París y Burdeos. Entre Jericó y Jerusalén hasta la yegua ligera que se alquila por dos dracmas, y la tienda de lona que se planta por la tarde entre los palmares, á orillas de agua clara, donde se duerme tan santamente á la paz radiante de las estrellas de Siria.

EÇA DE QUEIROZ.



INTERIOR DE UNA IGLESIA EN BELEM



BUENOS AIRES.—LAS DAMAS DE CARIDAD EN EL «PALAIS DE GLACE». — EL ÁRBOL DE NAVIDAD Y LA CONCURRENCIA INFANTIL

LOS LUTOS

En general, un luto es desagradable... Hay sin embargo, lutos llevaderos, como lo son por ejemplo los de parientes lejanos á quien jamás conocimos, y que al morir nos dejaron su fortuna en herencia... Pero, dejando á un lado estas disquisiciones acerca de la sinceridad ó de la insinceridad de ese dolor que pregona el luto, hablemos sólo de lo que se refiere á la indumentaria especial para tales circunstancias.

El hecho de que, por causa más ó menos sensible, una mujer se vea obligada á vestir de negro durante un período más ó menos largo, no implica, ni mucho menos, el que esa mujer renuncie por ende á toda elegancia.

Se ha discutido mucho acerca de si una mujer que lleva luto, debe ó no debe preocuparse de la moda. Indudablemente, y tratándose de un luto serio, todo atildamiento está de más durante los primeros días, y aún si se quiere, de las primeras semanas; pero la vida impone ciertas leyes que es menester respetar, y si el desaliño se disculpa y se perdona en el breve tiempo que sigue inmediatamente á una desgracia, pasado ese plazo habría de impresionar desfavorablemente á las personas que nos rodean y á las que nos tratan.

Un vestido de luto ha de ser, por tanto, un vestido de moda. Esto no quiere decir que se conforme á la última extravagancia del gusto, ya que la excentricidad no es indispensable, y que en muchos casos se contraría á la elegancia. Pero una silueta hábilmente estudiada, y una «toilette» en la que no falta detalle alguno de prudente coquetería, están perfectamente de acuerdo con un luto, por riguroso que éste sea.

Los lutos pueden clasificarse en dos grupos:

el de los grandes lutos y el de los lutos que no tienen extraordinaria importancia. Unos y otros, abarcan dos épocas distintas, escalonadas á medida que se aleja la fecha de la desgracia; estas épocas son la del luto riguroso, del luto ligero y del medio luto.

La duración de los grandes lutos es la siguiente: luto de viuda ó de viudo, un año; luto de padre ó de madre, un año; luto de padres políticos, un año; luto de abuelos, seis meses; luto de hijos, seis meses; y luto de hermanos ó de cuñados, seis meses.

Respecto á los lutos de menor importancia, se llevan durante tres meses, por un tío ó una tía; durante seis semanas, por los primos carnales, y durante tres semanas, por los primos segundos.

Para el gran luto, hay que elegir tejidos

negros, que no tengan brillo, usándose el crespón como adorno dominante. El sombrero ha de ser el clásico de esta circunstancia, con velo muy largo. En cuanto á los abrigos, su forma ha de ser tanto más estricta y larga cuanto mayor sea la importancia del duelo.

Los guantes han de ser de piel de Suecia negra, y los pañuelos han de tener orlas negras muy anchas. Las joyas se eligen exclusivamente de azabache mate, ó de madera negra endurecida.

Los paraguas y las sombrillas han de tener mangos de madera negra, sin brillo, y las armaduras de los bolsillos de mano han de estar empavonadas para evitar la nota clara y brillante del metal.

Durante el alivio, se emplean ya tejidos menos severos, como son el crespón, la granadina y las cachemiras de seda. Las joyas pueden llevarse de azabache pulimentado; los guantes pueden ser de cabritilla «glacée», y la orla de los pañuelos se reduce á un filete apenas perceptible.

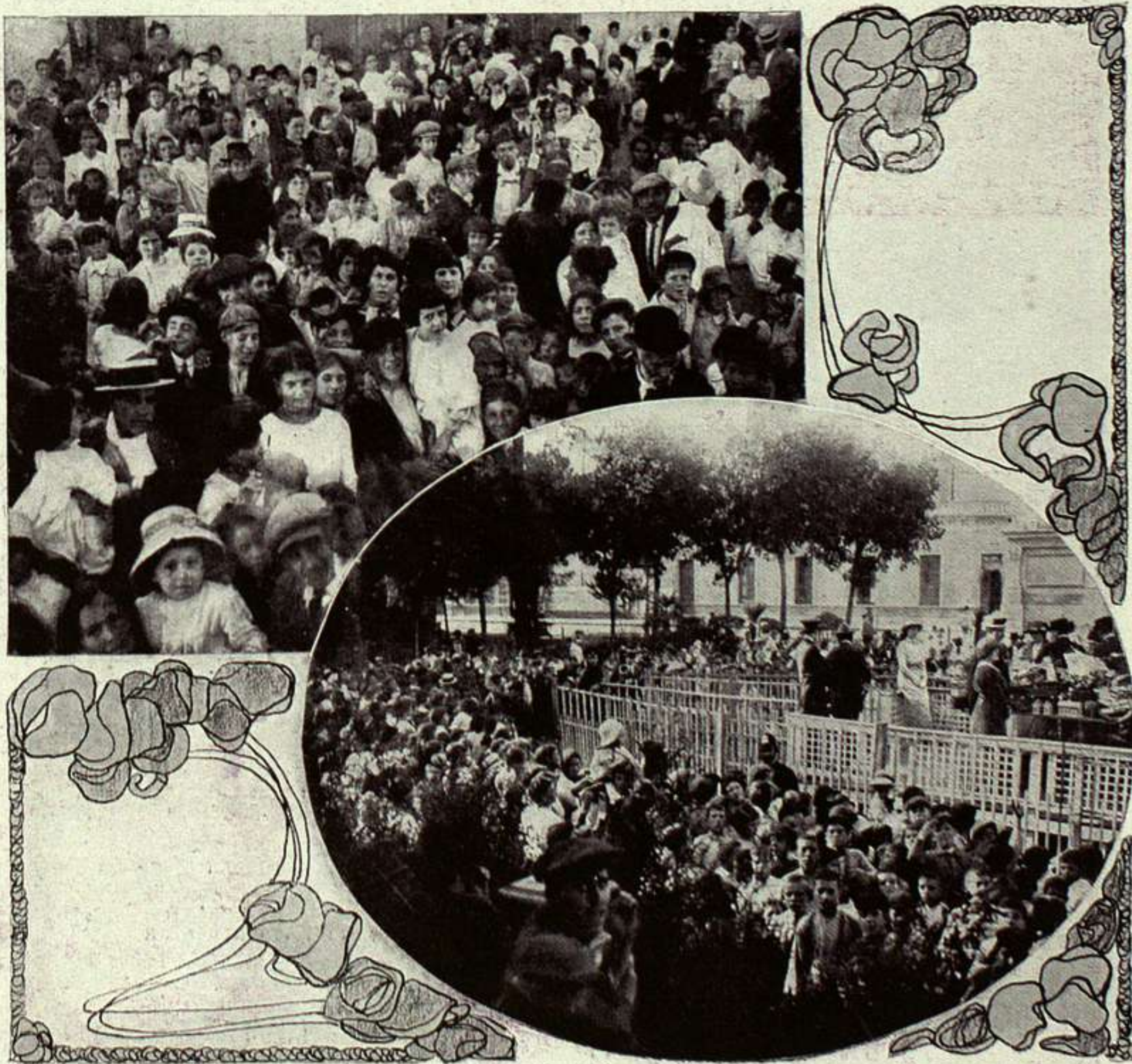
Pasado el luto, es correcto el no adoptar en seguida vestidos de colores vistosos y chillones. El blanco, el gris, el violeta y el malva, han de ser los preferidos durante este tiempo.

Los niños llevan el luto en blanco hasta los siete años. De siete á doce se los viste con combinaciones de blanco y negro, ó de blanco y gris. Y á partir de doce años, se les hace llevar el luto, pero sin exagerarle.

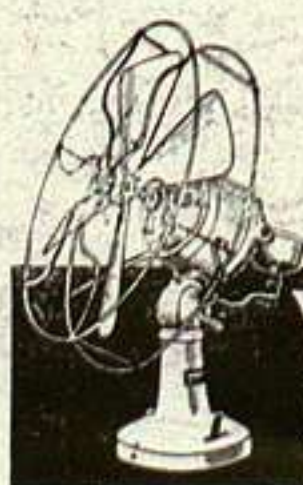
Lo que no debe hacerse, por pequeño que un niño sea, es vestirle de color en tanto que sus padres lleven el luto riguroso.

Para terminar, conviene decir que la costumbre del luto tiende á desaparecer, y que por lo pronto, los lutos de segundo orden no se tienen ya en cuenta, ó se limitan á una manifestación insignificante.

ALICE D'AUBRY.



BUENOS AIRES.—REPARTO DE JUGUETES Á LOS NIÑOS POBRES EN EL PARQUE DE LOS PATRICIOS Y EN LA PLAZA MATHEU



**VENTILADOR
SIEMENS**



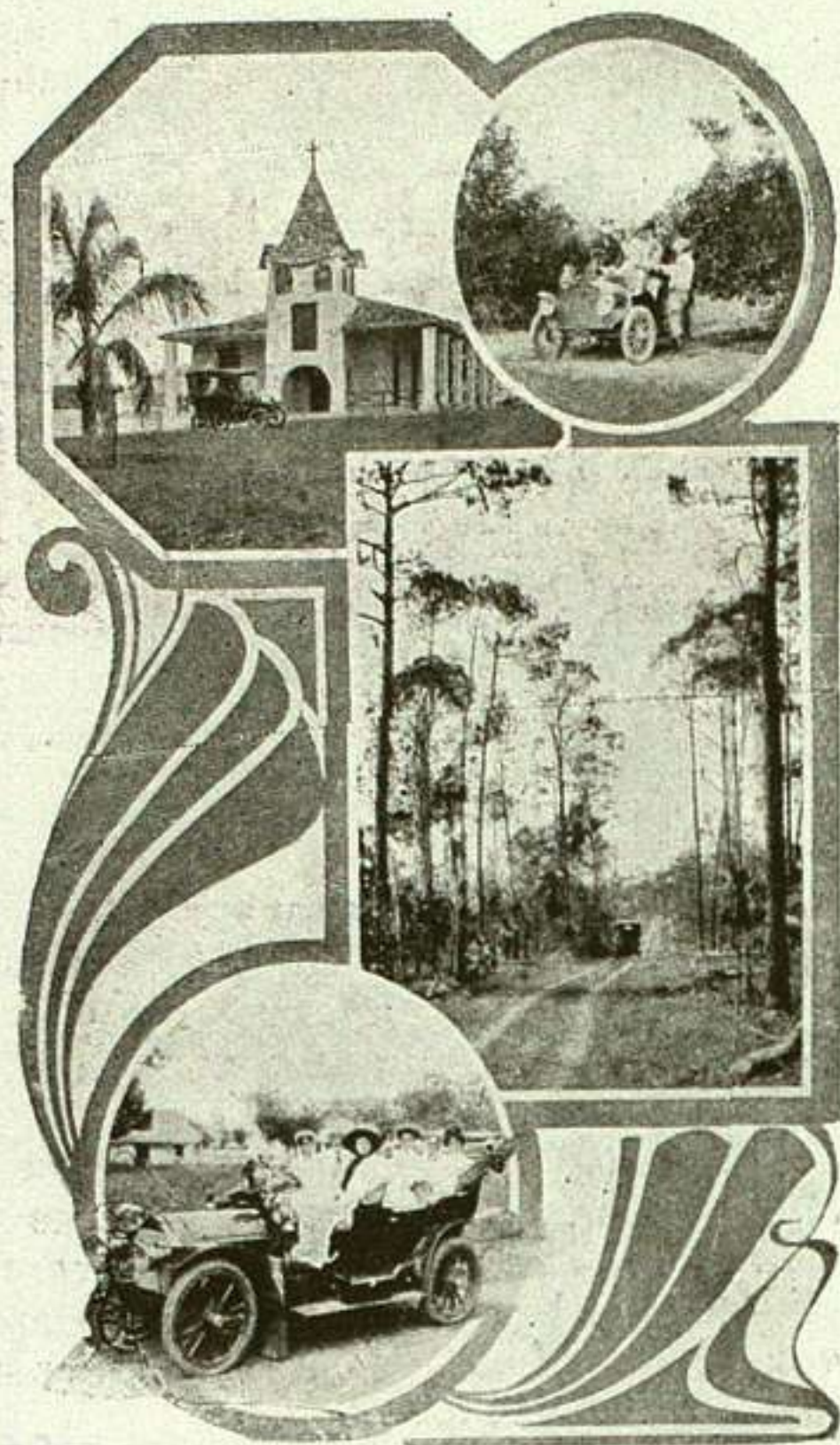
BUENOS AIRES.—MAUSOLEO ERIGIDO POR EL JOCKEY CLUB Á LA MEMORIA DEL INSIGNE ESTADISTA.—SU ENTREGA Á LA VIUDA.—EL DOCTOR BERRO MADERO, LA SEÑORA VIUDA DE PELEGRINI Y EL DOCTOR ELÍ PRONUNCIANDO SUS DISCURSOS



BUENOS AIRES.—TRASLADO DE LOS RESTOS DEL GENERAL MANSILLA.—EL CORTEJO FÚNEBRE ENTRANDO EN LA RECOLETA

EL AUTOMÓVIL EN SUD AMÉRICA

Con el advenimiento del automóvil y las numerosas mejoras que lo han perfeccionado casi por completo el comercio y las diversiones del mundo han tenido un cambio radical. Tanto el que va en busca de agradable pasatiempo como en asuntos comerciales tiene necesidad de un medio de locomoción fácil, cómodo y seguro, siendo prueba de ello la demanda de medios rápidos de transporte que



POPULARIDAD DEL AUTOMÓVIL EN CUBA
ESCENAS EN LA ISLA DE PINOS

hay hoy día en todos los países del orbe. El hawayo deja de lado su recreación favorita de remar y «hue-nalu» sobre la cresta de las ondas por un paseo en automóvil alrededor de Diamond Head; el japonés abandona su despaciosa «ricksha» por una gira en automóvil hasta Kamakura a pagar su tributo al gran Budha; el automóvil ha venido a reemplazar también a los lentos y angostos elefantes del Maharajah indio en Jaipur, en tanto que la motocicleta corre en todas direcciones conduciendo con rapidez de relámpago por antiguas

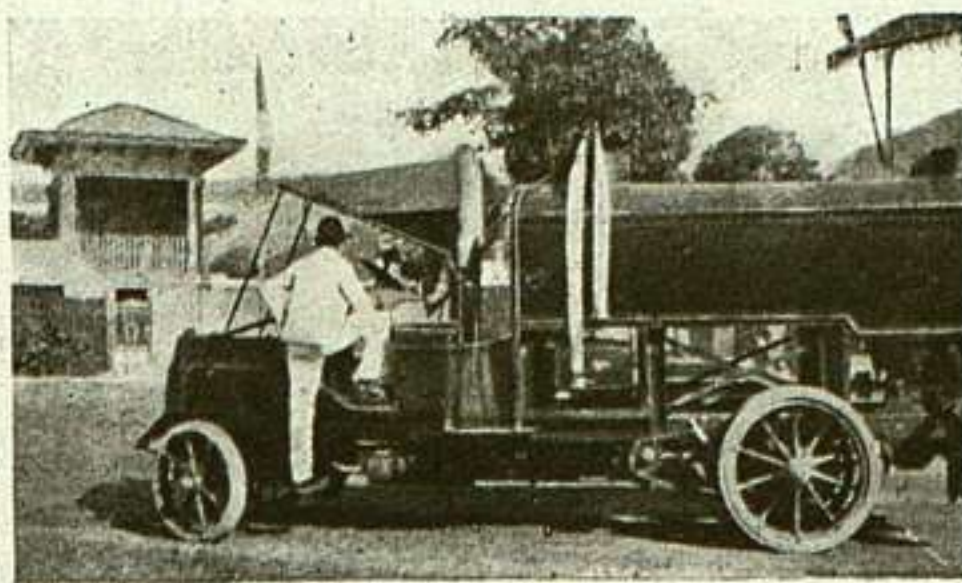


CARRETÓN FRANCÉS POPULAR EN BUENOS AIRES

veredas al modesto «sportsman». De aquí puede deducirse que el nuevo medio de locomoción se halla en uso hasta en las partes más recónditas del mundo y es sorprendente al par que interesante notar la influencia que ejerce en las diversiones, pasatiempos y ocupaciones de la gente.



Pero como á nosotros nos concierne en especial todo lo relativo á los países sudamericanos, el objeto de este artículo es hacer una ligera revista del incremento que adquiere el uso del automóvil en ese vasto continente, para poner de relieve el ancho campo de acción



REGADERA AUTOMÓVIL MUY EN USO EN RÍO JANEIRO

que se les presenta á los fabricantes americanos.

Hace algunos años cuando el autor de estas líneas llegó á la Ciudad de México le costó gran trabajo atravesar la calle que conducía al hotel donde se encaminaba, porque centenares de espléndidos carruajes llenos de aristocracia mexicana obstruían totalmente el paso, pues era costumbre entonces pasear los domingos de un extremo al otro de la famosa calle de San Francisco. En esa época no se veía un solo automóvil; hoy día los registros municipales indican que en la ciudad capital solamente hay más de 2.000.

Este aumento ha sido mucho más rápido en otros países sudamericanos. En 1909 era muy difícil encontrar en Río Janeiro un automóvil de alquiler pues había escasamente una docena en toda la ciudad, pero hasta septiembre de 1911 dicho número había aumentado 1.100 y en la actualidad hay en uso en el Distrito Federal más de 3.000 máquinas.



TIPO DE AUTOMÓVIL MUY USADO EN EL URUGUAY

Hace cinco años se veían relativamente muy pocos automóviles en la Avenida de Mayo de la gran metrópoli sudamericana, pero actualmente hay muchos. En 1910 la Argentina importó 1.581 automóviles; en 1911 este total ascendió á 2.461 y en la actualidad hay más de 5.000 en la ciudad capital y otros 5.000 en todo el país. En 1911 había en el Uruguay un automóvil por cada 2.000 habitantes, ó sea un total de 576 máquinas, y hoy día las autoridades calculan que esta cifra se cuadruplicará en pocos años. Montevideo tiene ahora más de 1.300 automóviles en servicio. En los países montañosos de la América del Sur el



EL ANTIGUO «TILBURY»

automóvil también gana terreno, á pesar de las dificultades que impiden su uso en gran escala. Chile cuenta con 150 máquinas, que están en uso en Santiago y Valparaíso, principalmente; Perú tiene algo así como 100 auto-

móviles y gran número de éstos están equipados con llantas que les permiten funcionar en las entrevías de los ferrocarriles; Colombia importó en 1912 87 automóviles, ó sean 84 carros de recreo y 3 omnibus; en el Ecuador el número de automóviles aumentó de 29 á 47; y con excepción del Paraguay, donde no se han hecho esfuerzos para importar muchos automóviles, todos los demás países de Sud América cuenta con un buen número de máquinas que año por año aumenta considerablemente.

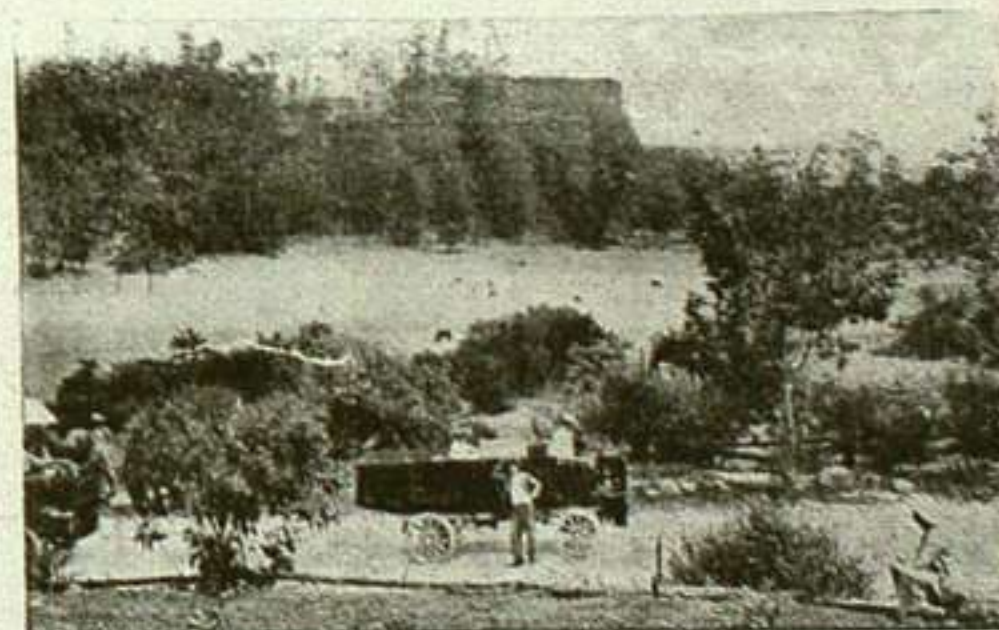
Si se toma como ejemplo á Buenos Aires, la ciudad más grande de la América del Sur, y á Nueva York, la mayor y más poblada de Norte América, para demostrar la popularidad del uso del automóvil se verá que la primera, con 1.500.000 habitantes, tiene 5.000 máquinas, y la segunda, con una población de 5.000.000 de almas, cuenta con 40.000. Tanto la Argentina como los Estados Unidos están



UNA CALLE EN RÍO JANEIRO

admirablemente adaptados para el uso del vehículo mecánico; la vasta área que rodea á Buenos Aires como está dedicada á la agricultura casi en su totalidad necesita en primer lugar máquinas para carga, en tanto que la ciudad ofrece un mercado admirable para la venta de automóviles de paseo y de tráfico. La gran metrópoli sudamericana tiene hoy día menos de 200 automóviles de carga. Al aumento de la cifra de automóviles con que cuenta Nueva York han contribuido grandemente los centenares de fábricas que se han esparcido como por encanto dentro de los límites de la ciudad y en los Estados vecinos, en tanto que Buenos Aires ha tenido que importar todos los que tiene en servicio.

Hablado de extensión ninguna región del mundo probablemente proporciona campo más vasto para el negocio de vehículos mecánicos



EL AUTOMÓVIL DE CARGA EN HONDURAS

como la Argentina, Brasil y el Uruguay combinados. La naturaleza ha dotado á estos países de grandes extensiones de terrenos planos casi en su totalidad, donde se encuentran pocos obstáculos que vencer para la construcción de ferrocarriles, siendo así que la red ferroviaria de los tres países asciende á 35.800 millas. A primera vista se preguntará qué tiene que ver el ferrocarril con la

ORME & SONS, LTD.,
CONSTRUCTORES DE MESAS DE BILLAR
para
S. M. EL REY JORGE V.,
16, Soho Square,
Londres, Inglaterra.

introducción de automóviles, pero si se reflexiona un poco se verá la relación íntima de estos dos factores tan indispensables para el comercio. Los ferrocarriles se extienden hacia el interior del continente y los que viajan por esta vía se sorprenden con frecuencia al encontrar automóviles cubiertos de barro y polvo que han competido con el ferrocarril en el

cuantiosos gastos por espacio de años. El automóvil ayuda a resolver la cuestión. En 1911 la Argentina realizó productos por valor de \$ 314.956.612, Brasil \$ 325.271.614, y el Uruguay \$ 46.318.036. Como puede verse por estas cifras, el valor total de los productos de los tres países es enorme y si se tiene en cuenta que la mayor parte de los productos fué transportada en vehículos lentos y pesados,

vasta región cafetera del Estado de San Paulo se llevan a cabo mejoras de gran consideración en todas las carreteras. Entre las concesiones que otorgó recientemente el Gobierno de dicho Estado se cuenta la construcción de un camino de 47 millas de largo desde Santos hasta San Paulo en que los concesionarios están obligados a construir dos vías macadamizadas de 13 pies de ancho que deberán quedar totalmente terminadas dentro de dos años; una de ellas está reservada únicamente para automóviles. Otra concesión dispone la unión de las ciudades de Piracicaba y Limeira en el interior del país por medio de una carretera que se preste para el uso de vehículos



PASEO DE CARRUAJES EN LA CIUDAD DE MÉXICO

transporte de productos del país. En las vastas pampas argentinas, en los remotos cafetales del Brasil ó en las extensas haciendas de ganado del Uruguay es común ver grandes carros de ruedas de doce pies de alto tirados por una hilera de bueyes que transportan los productos de un punto á otro. A pesar de que se alega que la falta de caminos bien trazados impide el uso de vehículos de cuatro ruedas



UNA CALLE EN LIMA, PERÚ

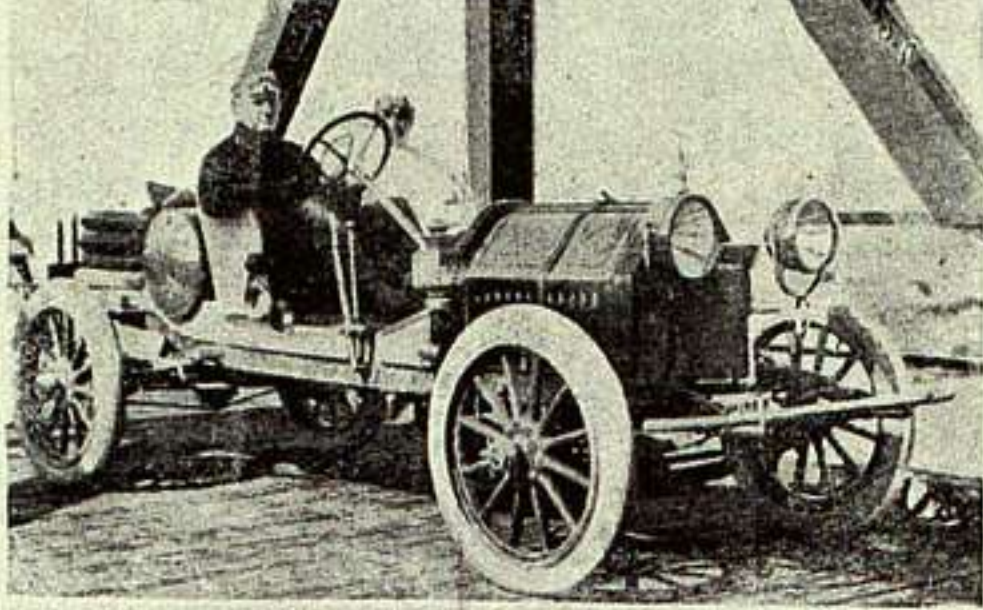
el automóvil ha aparecido ya en esas regiones y su uso se va generalizando día por día.

Como los tres países mencionados anteriormente son agrícolas por excelencia, sus respectivos Gobiernos ponen en práctica todos los medios á su alcance para desarrollar y abrir al comercio del mundo las regiones más



VENCEDOR DE UNA CARRERA DE AUTOMÓVILES

remotas. En este desarrollo el automóvil representa un papel muy importante pues ofrece un servicio más rápido y barato para el transporte de los productos agrícolas hasta los ferrocarriles y este problema ha ocasionado



ESCENAS EN LAS CARRERAS DE AUTOMÓVILES DEL URUGUAY

la cuestión de transporte es asunto de gran importancia. Fuera de los animales vivos que fueron conducidos á pié á través del país hasta las estaciones cercanas de los ferrocarriles, el resto de los productos nacionales fué acarreado.

En este punto las cosas, el asunto de caminos ó carreteras públicas llama considerablemente la atención y merece detenido estudio. La Argentina, Brasil y Uruguay gastan sumas enormes en la construcción de dichas vías de comunicación. Todas las grandes ciudades extienden rápidamente sus caminos hasta las poblaciones vecinas; en Río Janeiro el Gobierno ordenó la construcción de un espléndido camino para automóviles hasta Petrópolis, que abarca una extensión de 50 millas; y en la



UN AUTOMÓVIL EN EL URUGUAY



ASPECTO DE UNA CALLE EN LA CIUDAD DE SAN PAULO BRASIL, QUE DA IDEA DEL NÚMERO DE AUTOMÓVILES QUE HAY EN SERVICIO.

mecánicos. Mil millas arriba del Amazonas, en Manaus, hay ya más de 80 automóviles en servicio, varios de los cuales han penetrado ya sin duda á los bosques vecinos para transportar goma elástica.

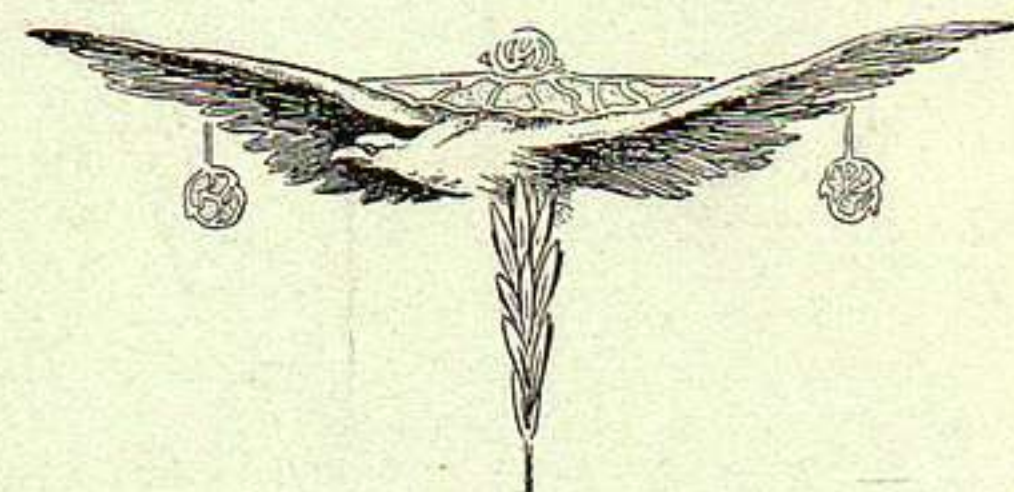
Al Touring Club de Buenos Aires se debe la construcción de más de 60 millas de magníficos caminos en la Argentina, y los presupuestos de este país que acaban de ser aprobados destinan la suma de \$ 22.000.000 para la



AVENIDA RÍO BRANCO EN RÍO JANEIRO, BRASIL

construcción de buenas carreteras. En el Uruguay las giras en automóvil entre las ciudades de la costa y del interior han puesto de relieve la necesidad de mejorar las vías públicas. Montevideo estará comunicado con Colonia, del lado opuesto á Buenos Aires, por un espléndido camino cuyo trazado y estudio acaba de terminar el Ministerio de Obras Públicas. Esta vía será uno de los primeros resultados del movimiento en pro de la mejora de todas las del país.

W. A. REID.



FIVE O'CLOCK TEA

«Rendez-vous» de la distinguida sociedad porteña. Orquesta de 3 1/2 á 5 1/2 p.m.

FLORIDA 329



Arte fotográfico, por C. Merlino, Buenos Aires

SEÑORITA CELIA ARECO



El hijo

Novela corta

por

J. E. BARANDA ICAZA

Ilustraciones de

P. DELICCHI

CAPITULO I



TARDECIA. Resplandecía la calle Florida bajo los focos de luz de sus palacios comerciales, en cuyas fachadas tremolaban banderas de todo el mundo. Era víspera de una fiesta patriótica evocante de heroísmo y de esplendor para la vida nueva que parecía surgir de la historia. Julio Klaus y Eduardo Artigas salían del Jockey Club. El uno al tresillo y el otro al poker habían perdido quinientos pesos. Mal asunto. Pero ¿por qué afligirse?

—Otro día ganaremos —agregó Artigas—. Desgraciados en el juego, afortunados en amores.

Saludaron a los esposos Mir que cruzaban en un auto por Cuyo.

—¿Se han casado? —preguntó Klaus.

—Hace meses, en Montevideo.

—Para poder divorciarse en caso necesario, que es lo más probable. Estos matrimonios hechos así, con toda premeditación y alevosía, como si fuera un crimen, tienen mucha gracia. Nosotros no somos de conciencia tan negra...

—Cierto. Por eso yo nunca he de casarme. ¡Que chasco para Lucila! Dice que yo la iba a regalar el anillo. Y su padre me lo exige.

—Y yo le oí que si no se lo das su hija se morirá sin tu asistencia, joven doctor.

—No se burle usted, joven ingeniero. El que se morirá será «usted» y en brazos de Himeneo. Y a propósito ¿qué es de Clara?

—Hace días que no la veo. La pobre me da lástima. Ha quedado sin trabajo. Hoy el oficio de mecanógrafa está por el suelo. Teclear tanto en aquella pieza oscura, sin aire, va a acabar con ella. Los últimos pesos que la di fueron para medicinas. Me decía que sentía dolores fuertes en el pecho y en la espalda. Quise traértela para que la vieras y no hubo manera.

—Me parece que tú la haces poco caso. Y es linda la pobre.

—Más que linda, buena, espiritual, delicada. La amo por eso; por ese modo que tiene de llamarme, de reír, de hacer las cosas. Últimamente tenía la manía de socorrer a los pobres y apenas si con su trabajo podía comer.

—Dale recuerdos. ¡Las seis ya! Tengo que ir a ver un enfermo. Bueno, ché, adiós.

Artigas se separó de Klaus, quien quedó en medio de la calle pensativo. ¿Dónde ir tan temprano? ¿A dormir, desquitándose de tantas veladas? Se sentía solo. Por primera vez sufría la nostalgia de una familia. Nacido en la Argentina, a los tres años le llevaron sus padres a Europa, donde se educó en un colegio de escolapios. Después permaneció en Bélgica estudiando ingeniero. Desde chico las ciencias y la mecánica habían ejercido sobre su temperamento gran influencia, especialmente la física que le deslumbraba con sus aparatos complicados. Cuando terminaba el tercer año de su carrera falleció su padre y pocos meses después su madre. Aquella orfandad fué un acicate para su aplicación. La tutela de un banquero le protegió espléndidamente y el muchacho pudo concluir sus estudios obteniendo el gran premio de honor. Volvió a su país, rivalizó

su título con éxito. Ya empezaban a ser realidad todos sus sueños. Penetró con su inteligencia en el territorio feraz; se dio a la conquista del porvenir canalizando una vasta zona explotada por un sindicato. Logró más tarde un alto puesto en la Municipalidad, y era feliz. Ganaba más de lo que necesitaba. A veces no sabía en que emplear el dinero. A pesar de los consejos de Artigas que maldecía del matrimonio, la idea de constituir un hogar pasaba por su mente como una quimera luminosa. Entonces se acordaba de Clara y comprendía que nunca lograría olvidarla. Aquella aventura le seguía entreteniéndolo y constituía, sin él darse cuenta, uno de los papeles más importantes de su vida.

Se paró en la vidriera de una librería. Entró a comprar un volumen filosófico. Al salir tropezó con un transeunte que le miró de pies a cabeza sorprendido. De pronto ambos se abrazaron prorrumpiendo en exclamaciones efusivas.

Julio Klaus había encontrado a Cernidas, compañero suyo de la infancia en el internado de aquel colegio. Cernidas, el más holgazán, el más ingenioso y el más diablo de todos, seguía siendo inconfundible con su nariz larga y su tipo clownesco. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces! En el dormitorio y en el comedor estaban uno frente del otro. Recordaban las peripecias de la clase, la manía de tal o cual profesor, las diabluras de los recreos, toda aquella existencia infantil llena de paz y de ventura. Y después el momento en que sus vidas se bifurcaron, los primeros viajes, la primera visita a París, Cernidas para ir a ver cocotas y boulevares y Klaus museos y monumentos. Cada uno contaba su historia, a ratos triste, a ratos pintoresca y alegre.

—De modo—dijo Klaus—que tú estás aquí con tu familia... Dichoso tú.

—¿Qué, me envidias? ¡Infeliz! Tú no sabes lo que es esto de la familia. Trabajar como un burro para poder pagar el alquiler, la comida, vestir. Imagínate: una pocilga con seis piezas en el centro; doce pesos diarios para el mercado; vestir a seis personas; pagar a la criada, etc. Porque tú sabes que antes mi padre estaba en buena posición y ahora lo ha perdido todo y no nos queda más que su empleo y el mío para sostener la casa. Mis tres hermanas no están acostumbradas a hacer nada; no saben más que pintar, tocar el piano: la maldita educación que recibieron da buen resultado a las ricas pero a las pobres las convierte en más pobres y desdichadas. En fin, chico, un horror. Tú, en cambio, soltero con tu carrera, en un escenario inmerso, donde a tu antojo puedes elegir lo que más te conviene. Todo lo tienes, hasta la famosa libertad de acción de que nos hablaba en aquellos tiempos, ya lejanos, el padre Clemencio y de lo cual no entendíamos una palabra.

—Cuánto me alegro haberte encontrado. Si mañana no tienes que hacer, como fiesta, saldremos juntos. Ven a buscarme al hotel París, segundo 17.

—No. Para celebrar nuestro encuentro te convido yo a comer mañana. A las doce. Vivimos en la calle de Tucumán; no sé el número; es una casa de puerta azul frente al Colón, ¿te espero?

—Con mucho gusto. ¡Ah, sabes quién es mi amigo mío, Eduardo Artigas, aquel que estaba conmigo la última vez que nos vimos en París y que practicaba en un hospital.

—Artigas, el estúpido Artigas, veterinario infame, verdugo...

—Sí; es médico de un Sanatorio.

—¿Qué bárbaro! Tú no sabes lo que pasó con él en París?

—Que envenenó a uno equivocadamente. Sí, pero ahora es muy estudioso y sabe. Ahora mismo se acaba de despedir de mí. Dijo que iba a ver un enfermo. Si te parece podemos ir hasta el Sanatorio.

Llegaron allí y no estaba. Se fueron a presenciar una procesión cívica. Al poco tiempo entraba Artigas en el Sanatorio. Una enfermera le dijo que habían ido a buscarle dos señores, pero no supo darle más detalles. Otra enfermera le comunicó que la señora del segundo piso, la señora de Río, le llamaba. Artigas fue, la examinó, insistió en que tomara una cucharada de tal medicina y en que no estuviera preocupada. La paciente y el médico conversaron cordialmente. Ella elogiaba su alta misión. Artigas respondía lacónicamente, sin entrar en consideraciones de ningún género. No le gustaba hablar de terapéutica con una enferma tan hermosa, a quien, según descubrimientos discretos que había hecho, desdeñaba su marido. A requisición de ella aun continuó Artigas contundente.

—La mayor parte de los enfermos, señora, el sesenta por ciento, son imaginarios. Yo conocí a uno maravilloso que venía a verme todos los días con grandes padecimientos gástricos. Según él era un enfermo del hígado. Le hice la primera visita y me convencí de que no tenía nada. Debo advertirle que era un odioso burgués que no sabía en que ocuparse ni con que distraerse. Encontró ocupación y distracción y está bueno y sano. Como este caso, mil, señora.

—¿Yo también soy una enferma así?

—Probablemente. Su dolencia, si no me equivoco, es de origen moral.

—Ay, doctor. Las enfermedades del alma son peor que las del cuerpo, más rebeldes...

—Y más contagiosas y corrosivas.

Rieron ambos. Artigas salió de la habitación fumando. Al bajar la escalera el doctor Rocha envuelto en su delantal blanco le estrechó la mano:

—Doctor Artigas: Mañana es la operación pero me parece que el viejo no sale.

Discutieron, aduciendo cada uno argumentos. A lo lejos se oía la retreta como un canto epopéico. Artigas llamó la atención de Rocha sobre la Patria. Rocha dijo que todo era farsa, hasta la ciencia.

CAPÍTULO II

Al día siguiente fue Klaus a casa de Cernidas. Salió a recibirle éste pasándole al comedor, donde toda la familia esperaba, y haciendo las presentaciones de práctica.

La familia de Cernidas era gente modesta, pero de singular distinción y cortesía. Klaus se fijó en los muebles de estilo, admirando los cuadros que pendían de las paredes. Elogió uno de la escuela flamenca. El padre dijo que ya conocía al señor Klaus por referencias de su hijo. Se sentaron a la mesa. A la derecha del padre, Klaus y al lado de éste Elodia. Seguían Luisa y Carmen y enfrente la mamá y Cernidas.

Luisa era la mayor. Llevaba un año a Elodia y ésta dos a Carmen. Apenas si osaban levantar la vista del mantel hasta que la mamá—dijo a Elodia que sirviera más jamón al ingeniero. Cernidas exclamó, retorciéndose el bigote:

—Come, come. La comida de los restaurants es poco apetitosa.

La mamá agregó que hasta poco limpia.

Klaus afirmó que sí y que cansaba mucho. Siempre el mismo menú por riguroso turno semanal, é igual en uno que en otro establecimiento, en éste que en aquel. Después, mientras el padre de Cernidas disertaba sobre el magno proyecto del túnel bajo el Canal de la Mancha, Klaus, olvidando todas las maravillas de la ingeniería moderna, que eran su pasión, miraba de reojo a las muchachas, deteniéndose en los ojos negros de Elodia, en su garganta ebúrnea, en su soberbio cuerpo de Diana, en su vestido elegante de Redfern. La imagen de Clara vino a su mente. Las comparó. Era más bella Elodia, más elegante. Un rubí de su pendiente ardía.

—¿No cree usted, señor Klaus, que puede sobrevenir por permeabilidad un hundimiento?

—Es difícil. Hay mucha arcilla. Es un terreno ideal para la obra.

Luisa en un movimiento brusco tiró la copa de vino. Cernidas la llamó animal. Klaus le suplicó que no se alterara, que aquello era de buen agüero. La mamá se lamentó de que el mantel era nuevo y el padre impuso silencio, exhortando a la chica para que tuviera más cuidado. Luisa se echó a llorar. Elodia se ruborizó murmurando:

—Siempre el mismo espectáculo. Qué chica, por Dios.

—No es nada—agregó Klaus.—Son magníficos, señorita, estos entretenimientos de familia. Yo no conozco lo que es romper una copa y que voces cariñosas me pregunten por qué.

—¿Usted no ha roto nunca una copa?

—No recuerdo.

—En cambio puede que usted recuerde haber roto algún plato.

—Soy incapaz de romper un plato. Se lo digo a usted con toda la trascendencia de la frase.

Acabaron de comer. Ya en la sala, Elodia interpretó al piano un tango y un vals. A pedido de Klaus, que se ofreció a pasar en el atril las hojas de la partitura, tocó la cabalgata de las Walkyrias. ¡Oh, Wagner! Y Klaus ante la conflagración de grandiosas armonías, contemplaba extático a aquella Walkyria morena y ardiente, que parecía crearlo todo y destruirlo todo, crear amor y destruir amor, con sus manos suaves y blancas, con su alma dulce y apasionada, hecha así de arte y de ideal, profunda, inmensa, esplendorosa y firme.

Empezaba a transcurrir la tarde espiritualmente. Klaus recitó con voz de cigarro y de champaña varias poesías. Leyó un madrigal que guardaba en la cartera; lo leyó con anteojos, avanzada la pierna derecha y la mano en la abertura del chaleco. Y, en derredor, formando círculo, las muchachas tenían sonrisas tiernas, cuchicheos, dulces murmuraciones y un blando palpitante de abanicos.

—Muy bonito—decían—muy bonito.

A las cuatro se despidió Klaus quedando encantado de la acogida que le habían hecho en aquella casa donde nada faltaba, ni nobleza, ni tranquilidad, ni aroma, ni música, ni juventud; casa que Cernidas le había pintado como un antro de sufrimientos y de desdichas y que era un paraíso de amor. Pensó en los ojos de Elodia, en su idilio que parecía brotar como las flores a la luz del día.

En casa de Cernidas se hablaba de Klaus con fruición. El papá opinaba que el ingeniero era muy simpático y que constituía una excelente proporción para alguna de sus hijas. La madre agregó socarronamente:

—No le dejes escapar, Elodia. Parece que a ti se ha dirigido. Creo que no le eres indiferente. Que tu hermano le traiga pronto por aquí. Cernidas exclamó desde su cuarto:

—Mamá, mamá; yo no sirvo para esas cosas; yo no he atentado contra la vida de nadie; a nadie he recomendado ningún médico; a nadie he propuesto matrimonio. Si él se interesa por Elodia ya vendrá. Lo mejor sería advertirle que no cometiera la barbaridad de cargarse con toda una familia.

—No sé por qué—dijo la madre.—Estás diciendo disparates.

—Pobre amigo mío. Ese que ha abierto tantos caminos y canales, que ha llevado a cabo tantas empresas de civilización, en buen laberinto se ha metido.

Elodia callaba. Sentía hacia Klaus cierta simpatía. Le gustaba su ademán, su voz, su mundanismo. Qué talento necesitaba tener para ejercitar su carrera. Y la seducía todo lo relacionado con su persona. Hasta era poeta.

Pasó una semana. El domingo, Cernidas, recibió una carta de Klaus invitando a él y a sus hermanas al teatro. Aceptaron, y otro día fueron con Klaus al Tigre. Remaron toda la tarde. Elodia iba a popa llevando el timón. De vez en cuando observaba a Klaus de bíceps atléticos, bajo el jersey blanco. El río Luján estaba apacible. En las márgenes los árboles empezaban a florecer. Durante aquel paseo de primavera Elodia y Klaus dedicaban su espíritu a la musa de Hesiodo y de Ovidio, el poeta del predio y el poeta del arte amoroso. Y hablaban de la primavera, que doraba con crepúsculos encendidos la superficie del materno río, que llenaba de perfumes la fronda del bosque y vestía de ensueño a sus almas.

Por la noche Klaus fue a ver a Clara. La encontró trabajando. Clara preguntó dónde había estado y Klaus dijo que estudiando. Rogó le perdonara si se ausentaba pronto, pues tenía una fuerte jaqueca. En el cajón de la máquina de coser depositó disimuladamente un billete de cien pesos. Antes de marcharse la besó en la frente y la llamó adorada de su corazón.

Elodia y Klaus se escribían todos los días y la familia de Cernidas estaba cada vez más satisfecha de aquel noviazgo. En una ocasión Klaus recibió una misiva de Elodia en la que le decía que le esperaba con urgencia. Él fue y la encontró excitada con el sombrero puesto de cualquier manera.

—Papá, mamá, nos ven—dijo ella.

Y le contó que espiaban aquel proyecto nupcial tramado como una conjuración.

—¿Por qué no les pides mi mano?

—Pero, hija, no tengo arreglo ninguno, espera. Se trata de un mes, acaso.

—No puede ser. Es necesario mañana mismo. Sufro mucho.

Elodia se tornó para él su destino, el fin moral de su vida, la idea



dominante de su trabajo. Hasta que formalizó su compromiso, disponiendo todos los preparativos para la boda.

Lo único que le preocupaba era Clara. Afortunadamente ignoraba todo. No se consideraba capaz de deshacerse de ella. Lo consultó con Artigas. El médico dijo que si se casaba dejaba de ser su amigo. Aquello era una abdicación, una vergüenza, un sacrilegio.

—Si he de ser franco —concluyó— te diré que esa familia anda mal de dinero y quiere pescarte por egoísmo. En fin, chico, tú verás.

—No, hombre, yo amo mucho a Elodia. Tengo la seguridad de que me hará feliz.

El matrimonio de Klaus se celebró con gran pompa. Fue una fiesta brillantísima en la cual no hubo más que una nota desagradable; Cernidas se emborrachó.

CAPÍTULO III

Medio año duró la luna de miel. Klaus y Elodia viajaron por Europa. Estuvieron en Italia, en Francia, en España y en Inglaterra. De regreso se instalaron en un pueblo de los alrededores de Buenos Aires. Después vinieron al corazón de la urbe alquilando un nido en la calle de Juncal.

Contra su voluntad, Klaus reanudó sus relaciones con Clara. Ella le preparó con toda argucia una entrevista durante la cual él no tuvo valor de quebrantar los propósitos que se había hecho al dar a otra mujer su nombre y su vida. El amor que Klaus profesaba ahora a Clara era un amor compasivo, un amor de caridad inspirado en la tristeza y en el abandono de la joven, quien según decía no podía vivir sin él. Lo que más decidió a Klaus a adoptar esa resolución, fue la desesperación de Clara, abocada al suicidio.

La familia de Elodia visitaba con frecuencia la casa de Klaus. Un día era el padre quien iba a comer; otro día Luisa y Carmen; casi siempre Cernidas. En una ocasión éste le pidió una suma prestada a Klaus. Sin pagársela solicitó, invocando un apuro comercial, su garantía en un Banco. A todo accedía Klaus con buenos deseos, a pesar de comprender que le explotaban y de los consejos de su esposa, quien protestaba enérgicamente de tan absurda complacencia, alegando que su hermano era un calavera consumado y que siendo joven y fuerte muy bien podía trabajar.

Por aquel tiempo el negocio de remates de propiedades del padre de Elodia sufrió un percance. Hubo convocatoria de acreedores y la quiebra se presentó con caracteres funestos. Recurrieron a Klaus. El viejo se arrojó ante él conmovido. El final de aquella escena, que Klaus no

sabía si era de tragedia ó de opereta, fue un nuevo tributo para el ingeniero, que tuvo que desembolsar, para salvar a su suegro, quince mil pesos.

Elodia adoraba a su marido no sólo con pasión sino también con admiración. Estaba prendada de su carácter y sobre todo de su espíritu de sacrificio. Ella veía con qué perseverancia y con qué fe luchaba, unas veces saliendo al campo, a remotos lugares a cumplir su misión, y otras en la ciudad, sobre la mesa de trabajo, trazando proyectos. Ella veía cómo todo el producto de su inteligencia, cómo todos los esfuerzos de su voluntad, no bastaban para satisfacer las exigencias de los suyos. ¿Cuándo iban a prevenirse contra cualquier contingencia? Comprendía que debían ahorrar y el no conseguirlo la disgustaba, la preocupaba sobremanera, la ponía de mal humor, la hacía, hasta con su esposo, displicente, brusca, irascible.

A ese estado de cosas sucedió una época mejor. El padre de Elodia pudo pagar algo a Klaus; Cernidas también saldó sus deudas. Ya el matrimonio vivía más tranquilo y contento.

Una tarde, en vísperas de celebrar el aniversario de su boda, cuando mayor era la dicha que había en aquella casa, estando Elodia en la puerta de calle para ir a ver si el sastre había concluido su vestido, llegó el cartero. La entregó un certificado con mucho franqueo que decía en el sobre simplemente: «Para Elodia». Lo abrió al punto. Y leyó: «Una persona que se interesa por el bienestar de usted pone en su conocimiento que su esposo la engaña. Para cerciorarse no tiene usted más que ejercer sobre él una simple vigilancia. ¡Desconfíe usted de los hombres! Es un consejo que me permito darle. La experiencia me ha enseñado que cuanto más celosas son las mujeres con ellos, menos expuestas están a los peligros de sus veleidades y traiciones».

Elodia se echó a reír. Tenía un concepto tan elevado de Julio que aquel anónimo más que una advertencia saludable le parecía una maldad perversa. ¡Julio, tan bueno, tan cariñoso, ¡adúltero!, ¡imposible! Hizo pedazos aquel papel dirigiéndose a la sastrería. Allí pasó dos horas probando, viendo figurines, hablando de modas. No obstante no podía deshacerse de la imaginación el recuerdo de aquella maldita carta que venía a perturbar su tranquilidad. Volvió a casa apresuradamente. Atolondrada, buscando algún indicio, preguntó a la criada si su esposo había llegado ya. La criada dijo que sí, que estaba en el escritorio.

Klaus en aquel instante escribía a Cernidas diciéndole que pronto podría complacerle. Se trataba de otro préstamo. Elodia penetró en la habitación. Fue a besarle.





—¿A quién escribes?—exclamó.
Y llevada de sus dudas quiso arrebatárle la carta de las manos. Klaus se irguió soberbio, ocultándola por temor a un disgusto y para que no le reprochara sus actos. Elodia se sintió ofendida. Cambiaron palabras duras. Empezaron las sospechas. De pronto ella exclamó iracunda:

—Ya sé que me engañas; no lo niegues. Sería inútil; lo sé; lo sé. Klaus palideció. Negaba en actitud humilde.

Viéndose perdido dijo:

—Toma, para que te convenzas.

Y la entregó la carta. Elodia la releyó. Toda llorosa, á gritos, pedía perdón. Al cabo de un rato hicieron las paces.

—¿No ves—repitió á Julio—que tu bondad nos perjudica? Mi hermano va á acabar con nosotros.

Se acostó indispueta. No cenó y en toda la noche no pudo dormir pensando en lo injusta que era con Julio.

Cuando Cernidas recibió la respuesta de Klaus se arrepintió de haber enviado á su hermana aquel anónimo, anticipándose á la resolución de Julio, siempre tan atento y generoso. Mesábase los cabellos de rabia y se juzgaba ruin.

Entretanto Klaus seguía visitando con frecuencia á Clara. En vez de olvidarla, cada vez la quería más. Trató de enviarla á Córdoba, pero ella se opuso. Llegó un momento en que ya creía perfectamente compatibles el amor de ella y el de Elodia, quien el tiempo andando observaba en su esposo una melancolía inaudita. El se disculpaba diciendo que eran contrariedades del trabajo, malos negocios. En realidad algo de esto había, pues en una compra de tierras que hizo perdió gran parte de su peculio.

Desde entonces se inició para los jóvenes esposos una era de amargura. Tuvieron que vender el piano y otros muebles de lujo. Buscaron una casa más modesta. Despidieron la servidumbre. Cuando más sufría Klaus era en la intimidad, al dar cuenta á Elodia de todos los pormenores de su vida. Elodia decía que ni siquiera tenían un hijo, que hasta eso les faltaba. El la acariciaba con ternura infundiéndola esperanzas. Todas las ilusiones de Elodia era preparar las ropitas... ser madre. Oyéndola pensaba Klaus en Clara. Y se le helaban los huesos.

En la oficina, discutiendo sobre su situación, no podía trabajar. En aquellos días era cuando más apreciaba el quehacer. Al comenzar un presupuesto de gran importancia, el teléfono vino á interrumpirle. Avisaban del domicilio de Clara. Partió á escape. Ya suponía de qué se trataba. No hizo más que llegar y salió á buscar á una partera. Regresaron. La partera vió á Clara y dijo á Klaus que no se asustara, que el parto se presentaba bien, sin complicaciones intrínsecas de ningún género. A la angustia del primer período sucedió una mayor expansión de ánimo. Al principiar el dolor, la madre ya no gritaba ni lloraba, sino que cerrando la boca y apoyándose en los brazos, sostenía la respiración para prestar mayor esfuerzo. Se hinchaba la cara y latían fuertemente las carótidas.

Klaus acudió en demanda de Artigas, pero no estaba en el Sanatorio; fué á su consultorio y le dijeron que había ido á pasar dos días á

Montevideo. Regresó al lado de Clara, donde encontró un niño que parecía un ángel.

Ya en casa, sentado á la mesa, no quiso cenar. Elodia le miraba extática, escudriñando su pensamiento.

—Prométeme no asustarte—exclamó Klaus.—Esta noche tengo que salir para Rosario. Voy á hacer un negocio. ¿Me lo permites?

—¿Por qué no me llevas á mí?

—Mujer, es un viaje molesto. Además, vuelvo pasado mañana.

Elodia le veía tan angustiado que no se arriesgó á interpelarlo. Sin embargo murmuró dulcemente:

—¿Qué tienes? ¿Ocurre algo? Si necesitas ir, vete. No quiero contrariarte.

Con su pequeño equipaje, Klaus se dirigió primero á la estación, simulando el viaje y después á casa de Clara.

Elodia no tardó en averiguarlo todo. Por primera providencia, llena de resignación y generosidad, envió á Clara por intermedio de su espía, á quien prohibió toda revelación, sus pequeños ahorros extraídos de la compra diaria, para que la enferma no careciera de recursos. Klaus por su parte indagó la procedencia de aquel dinero. Al presentarse ante su esposa cayó medio muerto. Elodia, dueña de una ecuanimidad perfecta, apartaba su vista, evitando toda conversación. Fueron dos días horribles.

Al tercero Artigas, requerido por las circunstancias fué con Klaus á visitar á Clara. La preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Mal, doctor. Siento escalofríos.

Artigas comprobó que había fiebre.

Siguió examinándola. Llamó aparte á Klaus y prorrumpió silencioso:

—¡Esa partera! Que vayan á llamarla. ¡Que bárbara!

Llegó.

—¿Qué ha hecho usted?—dijo el médico.—Es fiebre puerperal. ¿No ha visto los primeros síntomas? Lárguese de aquí estúpida.

Artigas volvió al lecho de la enferma. Suministró sulfato de quinina, puso bolsas de hielo, practicó una operación.

Todo fué inútil. La enferma sin tener conciencia de la gravedad de su estado sucumbió con toda su inteligencia.

Klaus que la sostenía se abrazaba á Artigas llorando. El médico le daba ánimos diciéndole que el desenlace era inevitable. Agregó:

—Ha habido peritonitis. Ten paciencia, Julio.

Artigas hizo todas las diligencias para la instalación de la capilla ardiente y para la inhumación del cadáver. El entierro fué humilde. Sólo iban Klaus y el médico. La mañana era luminosa. En las calles había como una explosión de vida.

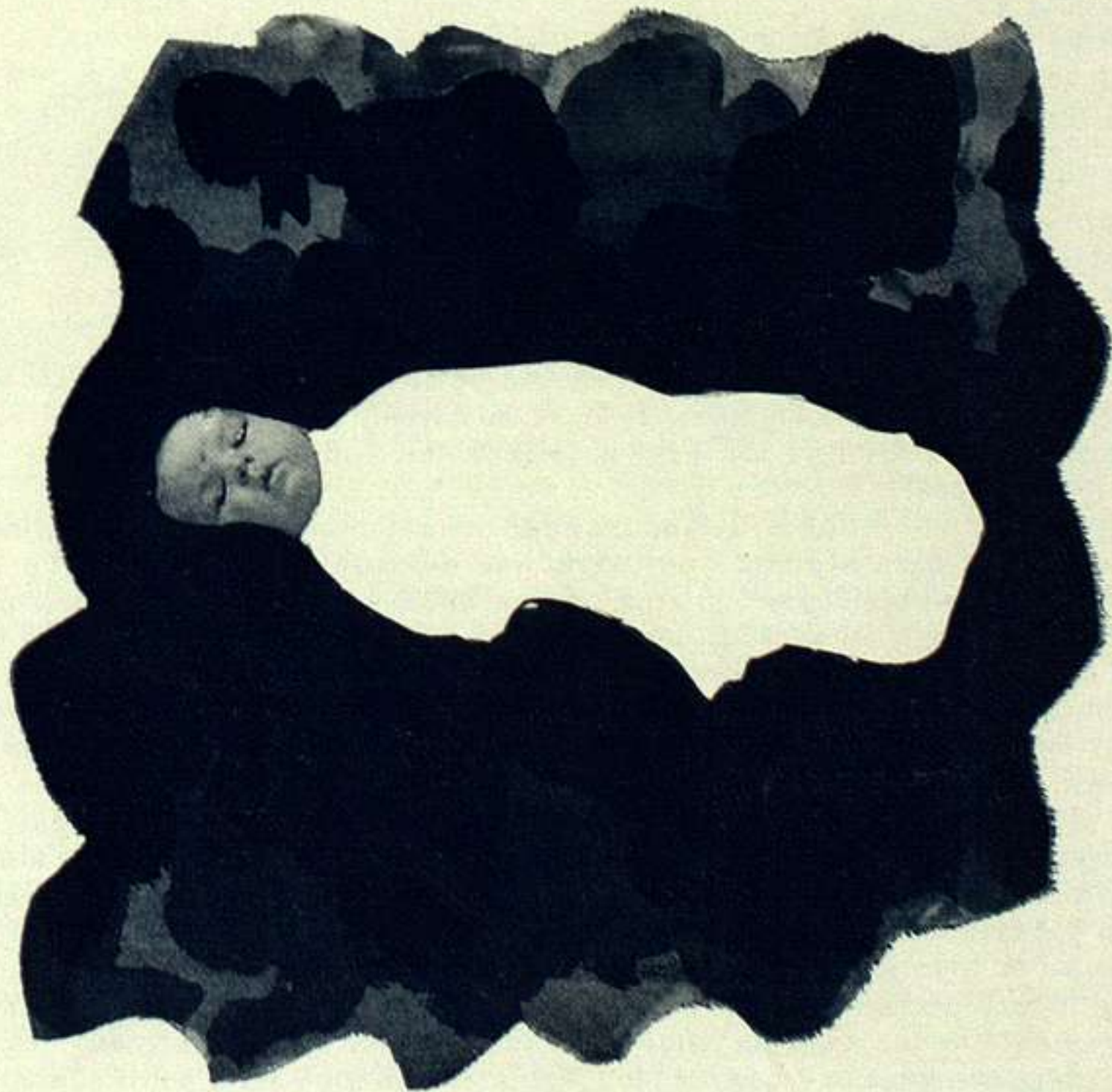
El médico, al pasar por Callao, levantó una de las cortinillas del coche para ver si estaba en el balcón la señora de Río, que el día anterior había salido del Sanatorio. Contó la historia á Klaus; dijo que su amistad con ella era pura, inmaterial, realizada por la concordancia de sus almas delicadas. El balcón estaba desierto con las ventanas cerradas herméticamente.

—No se puede ni amar—repuso.

Quedaron sumidos en un sopor inmenso.

Elodia recogió al recién nacido. Klaus sentía sólo una gran fatiga, deseo infinito de volver al reposo de Elodia. Sus esperanzas las veía truncadas. El pasaba á ser en el alma de ella un forajido, un miserable que había roto para siempre las raíces que le sujetaban á su amor sublime. Sombrio tormento, implacable tormento que le amargaría la vida.

Pero Elodia tuvo el heroísmo y la santidad que hacen tan fácil el sacrificio. Resplandecía en aquella casa el orden más delicado. Klaus, lleno de reconocimiento, la besaba queriendo atravesar con sus besos la carne de aquella diosa que le arrebatara, apretándole á su pecho inmortal, volando con él en un éxtasis de amor, adorándole más que nunca, locamente, absurdamente, hasta la muerte. Y con su hijo en el hogar feliz. Con el hijo...



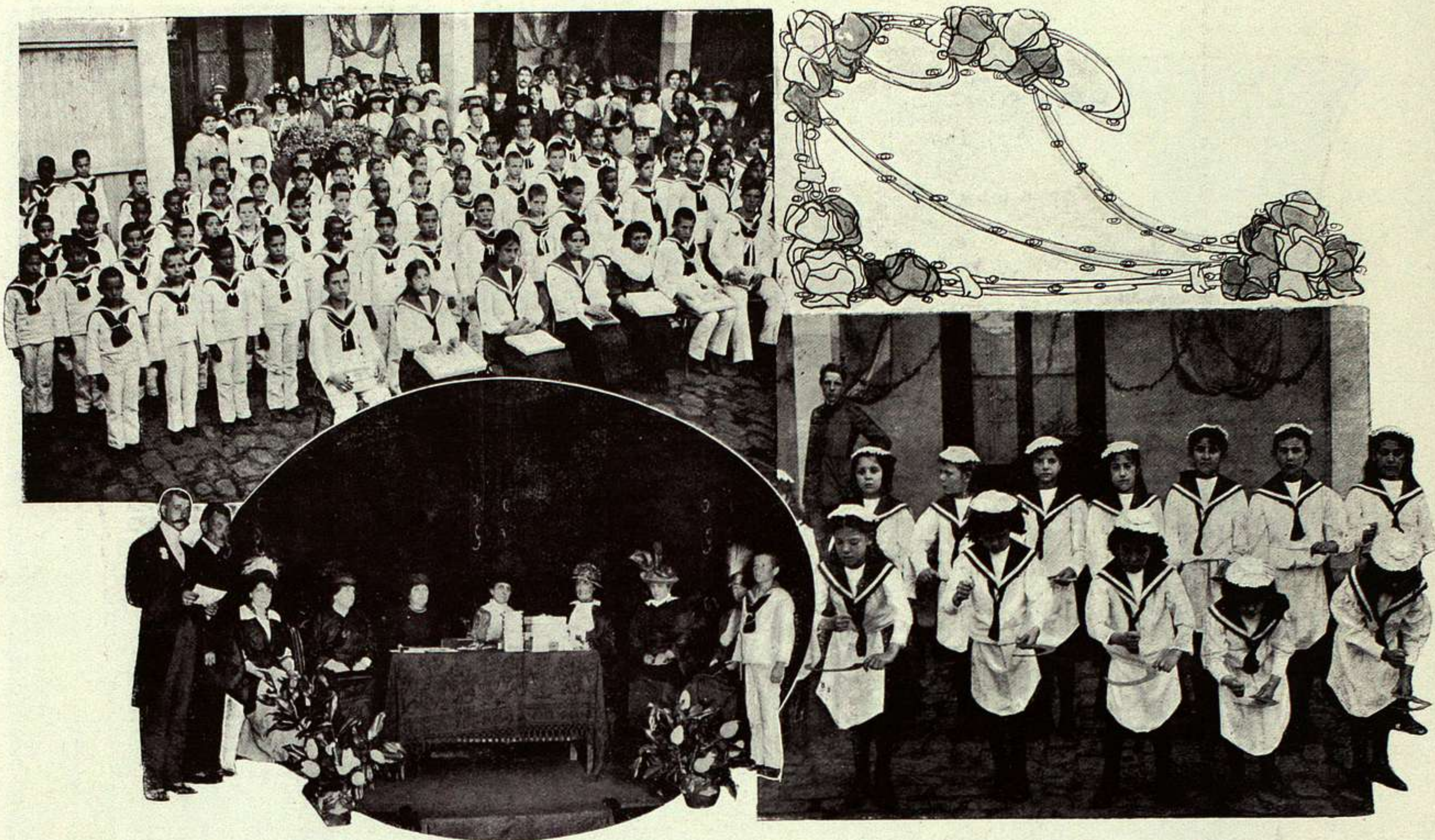
FIN

Buenos Aires, Diciembre de 1913



SEÑORITA MARÍA LUISA URIZAR

Arte fotográfico, por C. Merlino, Buenos Aires



BUENOS AIRES. — EN EL ASILO NAVAL. — DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS. — LOS ALUMNOS PREMIADOS Y LOS DEMÁS QUE SE EDUCAN EN EL ESTABLECIMIENTO. — COMISIONES DE DAMAS Y CABALLEROS QUE PRESIDIERON EL ACTO

LA FLORISTA

—¡Qué hermosa noche! ¿Quiere usted que vayamos a pie?—me dijo Pedro Lignieres.

Despidió el coche y salimos del restaurant, donde acabábamos de cenar en compañía de varios amigos. Lignieres nos había entretenido hasta muy tarde contándonos los comienzos de su carrera literaria, que fueron muy penosos. Ya nos habíamos quedado solos los dos, y como él estaba en vena de hablar no quería soltarme.

Ya en la calle una vendedora de violetas nos ofreció su mercancía en tono suplicante y lastimero. Era una jovencita fea y mal vestida. Hacía un frío de todos los demonios.

Como habíamos cenado bien, nos sentíamos generosos; pero era el caso que para dar una limosna teníamos necesidad de desabrocharnos los gabanes, operación enojosa, difícil y complicada. ¡Cuántas y cuántas veces dejamos de dar limosna por no tomarnos esa molestia!

—¡Un ramo de violetas, caballeros! ¡Llévenme un ramo!

Lo de menos era el dinero, lo que nos impedía comprar las flores era el movimiento trabajoso que para darlo teníamos que hacer. La muchacha, sin duda, no se hacía cargo de ello y nos acosaba ofreciéndonos la mercancía.

—Violetas, caballeros, ¿no quieren un ramito?

Entonces presencié una cosa que me dejó turlato. Hacía muchos años que trataba yo a Pedro Lignieres, y de sobra sabía que era incapaz de hacer el menor gasto que no fuera absolutamente indispensable. Su economía es extremada. Es incapaz de hacer un favor como no lo haga con su cuenta y razón y cobrando ciento por uno. El desprecio que siente hacia los hombres le pone a salvo de prestarles el menor servicio. Pues bien: aquella noche le vi detenerse en medio de la calle, quitarse los guantes, para tener más libres las manos, desabrocharse el gabán, sacar el portamonedas y de éste un luis, que puso en manos de la florista.

Esta se quedó como quien vé visiones.

—Bueno—dijo mi amigo—ahora dame el ramo.

La muchacha recobró el habla y le dijo:

—¿Quiere usted todo el cesto?

—No, no; solo un ramito.

La florista no podía creer que aquel regalo tuviese torcida intención. Su cara no dejaba lugar a duda respecto a este punto. Así, cuando Lignieres cogió el primer ramo que tuvo a mano y se lo guardó en el bolsillo sin poner el menor cuidado en no estropearlo, la joven vertió todo el cesto de flores a nuestros pies y exclamó loca de alegría:

—Muchas gracias, caballero; me voy corriendo a cenar.

Por aquel día, había terminado sus faenas.

—No le extrañe a usted mi generosidad—me dijo Lignieres cuando volvimos a quedar solos.—No he hecho más que pagar una deuda.

—¿Una deuda?

—Ni más ni menos. Hace años, una florista como ésta, tan fea y desarrapada como ella, me libró de caer en la desesperación y en la duda de mi talento. ¡Me parece que eso no se paga con veinte francos! Contándole a usted hace un rato los percances de mi juventud he recordado el hecho. Esta muchacha ha aprovechado la oportunidad.

Le dije que me contase el caso y no se hizo rogar.

—Hace esto muchos años. No recuerdo cuantos. Acababa de escribir mi primer libro. No me pregunte usted el título; no llegó a publicarse. Sin embargo, entonces creía yo haber escrito una obra maestra. Lo puse en limpio yo mismo, a pesar de mi mala letra, pues no tenía dinero para pagar a un amanuense. Mi familia me había dejado abandonado a mis propias fuerzas, ya que contra su voluntad me empeñaba en dedicarme a la literatura, creyendo que cuando hubiese gastado mis escasos recursos pecuniarios me vería obligado a regresar al hogar paterno. Pero yo creía que aquel manuscrito me abriría enseguida las puertas de la gloria y de la fortuna. Así, pues no tenía el menor miedo a las privaciones, y lo primero que se me ocurrió fué llevar la obra al director de una importante revista, la más importante de todas. Este me lo devolvió a los pocos días, haciéndome de ella una crítica severísima.

—¿Qué edad tiene usted?—me preguntó con su aspereza habitual.

Veintitrés años.

—Pues no es posible escribir buenas novelas antes de los treinta. Usted llegará a escribirlas.

A los veintitrés años se considera casi como un viejo al hombre que ha cumplido los treinta. Yo esperaba ser célebre a esa edad y haber escrito ya una porción de obras maestras. Naturalmente, salí con mi novela cuidadosamente envuelta y la llevé a otra parte. Allí estuvo seis meses hasta que me la devolvieron, con muy buenas palabras, eso sí; pero me la devolvieron: no cabía duda de que revelaba un gran talento, solo que eran tanto los compromisos anteriores, que, a pesar de su buena voluntad no podían admitirla. Cuando me vi solo con el paquete en mi casa, noté que no lo habían abierto. Me dirigí entonces a una revista de menor importancia y me propusieron adquirir acciones de una nueva emisión. Salí de allí indignado. Y empecé a recorrer editores. Mientras tanto, daba lecciones de gramática y de historia, pues soy licenciado en Filosofía y Letras. Pero todos mis amores eran para la literatura, especialmente para la que yo escribía.

Sufri toda clase de desengaños. Pero el último fué el más humillante; un librero se negó a editar la obra aún pagando yo los gastos de la edición. Excuso decirle a usted que yo no estaba en disposición de hacerlo. Salí de aquella visita, que era mi última esperanza, medio muerto, herido en mi orgullo y perdida esa confianza en sí mismo, tan necesaria para todo el que quiera crear y producir. Estaba descorazonado, dispuesto a abandonar la lucha, a encerrarme en mi pueblo para que en lo sucesivo me condujesen otras personas por el camino de la vida. Anduve al azar por las calles, hasta que me encontré en el boulevard, delante del restaurant donde hemos cenado esta noche. No tenía apetito, apenas tenía dinero y me hallaba como aniquilado. Una florista como la de ahora me metía por los ojos su mercancía. Yo la rechacé con malos modos; pero inconscientemente tenía la vista fija en ella y seguía todos sus movimientos desde mi asiento. La muchacha ofrecía sus violetas a un transeunte, luego a otro y a otro, y nunca con



resultado. Poco á poco fué interesándome. ¿Cuántas veces tendría que ofrecer la mercancía para ganar quince ó veinte céntimos? Nadie le hacía caso, nadie se detenía á comprarle algo. Todo el mundo corría, todo el mundo tenía prisa, era la hora de cenar. ¿Habría cenado la pobre muchacha y tendría con qué? Fuese como fuese, no cesaba en sus idas y venidas por la acera, sin cansarse jamás. Para atraerse á la gente procuraba sonreír, hacía esfuerzos por dar á su rostro, ordinario y vulgar, una expresión de agrado, por dulcificar su voz ronca y acatarrada. Concluí por contar las veces que ofrecía las violetas. ¿Sábe usted cuántas llegué á contar?

—Treinta ó cuarenta!

—Dosecientas cincuenta! Nadie puede figurarse lo difícil que es vender un ramito de violetas. Y al decir dosecientas cincuenta es porque yo hice el dosecientos cincuenta y uno dándole veinte céntimos. Aquello representaba entonces para mí bastante más que el luis que he dado ahora. Pero no lo siento. Pago una lección de resistencia y de voluntad. Ya vé usted que no la he olvidado.

ENRIQUE BORDEAUX.

BUENOS AIRES.—EN EL COLEGIO MILITAR.—DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS Á LOS MEJORES ALUMNOS.—EJERCICIOS DE INFANTERÍA Y CABALLERÍA.—ENTREGANDO EL PREMIO DE LA COMISIÓN PRO-PATRIA DE SEÑORITAS.—EL MINISTRO DE GUERRA ENTREGANDO EL PREMIO AL SUBTENIENTE SCHWEIZER

Buenos Aires al terminar el año

Cuando va á terminar el año, Buenos Aires, la gran ciudad cosmopolita, adquiere un aspecto extraño, en que parecen resurgir vestigios de la gran aldea que fué y en que se adivina cualidades de la metrópoli que será en lo futuro. Buenos Aires no es todavía una ciudad. Su millón y medio de habitantes no ha podido amalgamar todavía en un tipo uniforme, ni sus diversos barrios consiguen tener esa similitud que en todos tiempos y en todos lugares caracteriza a las grandes ciudades. Buenos Aires continúa siendo hoy, como fué ayer, una conglomeración de pequeñas ciudades en la que se confunden, sin mezclarse, veinte pueblos distintos.

Se puede ver esto, más que en lo cotidiano y vulgar de los días de trabajo, en estas horas un poco tumultuosas y atropelladas de los días de fiestas. Es en estos momentos en que se va rendir culto á la tradición, cuando se ve que en Buenos Aires no se ha conseguido aún el milagro de fusionar en uno solo los diversos anhelos de la multitud; es entonces cuando se hacen visibles las separaciones, mal encubiertas por frágiles soldaduras de intereses más ó menos legítimos.

En la monotonía de los días que pasan, Buenos Aires es una de las tantas grandes ciudades, afanosa, laboriosa, sin más horizonte que el de una eterna labor. En los días de fiesta llena las calles una multitud atropelladamente febril, una multitud que parece salida de ambientes los más distintos, que en modo alguno parece habitar el mismo suelo y vivir del mismo pan. Es entonces cuando se codean los tipos más diferentes, acumulándose todos en el mismo estrecho límite de las calles centrales, con lo que Buenos Aires se transforma en una Babel, en una de las ciudades más llenas de movimiento, más animadas, más tumultuosas que á ningún viajero es dado contemplar.

Las calles estrechas, los escaparates de las

tiendas adornados como en la exhibición de todo cuanto tiene la gran ciudad de lujo y de fausto; el apresuramiento natural de toda enorme multitud que desfila inquieta por las vías, más concurridas que de ordinario; todo eso llega á formar un conjunto verdaderamente encantador para los que aman las grandes aglomeraciones, para los que gustan perder su personalidad en el trajín de las urbes, donde el hombre desaparece para dejar plaza á ese ser multiforme que se llama muchedumbre. Buenos Aires vive en estos momentos una vida extraña que le da un carácter único y que los viajeros no han encontrado en otra parte del mundo. En Nueva York la vida yanqui uniformiza á todos los habitantes al poco tiempo de residencia; en las grandes ciudades europeas el nativo predomina sobre la masa extranjera que se funde y pierde en el seno de la vida nacional. Sólo en este Buenos Aires, del millón y medio de habitantes, donde más de un millón de extranjeros se impone sobre la masa de los nativos, á quienes agrada esa confusión y que se complacen en mostrar así la grandeza del ambiente, se puede encontrar esa multiformidad, esa superposición de vidas sin mezcla, que pone al lado de una nota netamente nacional, sustentada por viejas familias criollas, la fastuosidad parisién, el encanto de lo español, la familiaridad de lo italiano, la severidad alemana, la bonhomía inglesa. En estos días de fiestas, Buenos Aires se transforma en una muestra de naciones, que sorprende y encanta como una gran feria.

Al acercarse el término del año, Buenos Aires hace una tregua en sus habituales ocupaciones. Deja de ser la ciudad preocupada por sus eternos negocios, para convertirse en algo nuevo. Una multitud ruidosa y alegre de majeres y niños llena sus calles. Los hombres, tan atareados, tan afanosos en la agitación mercantil de todo un año, parecen deslizarse sin ruido, sin ostentación, junto á esos grandes escaparates que constituyen la tentación de la otra parte de la humanidad. Y el

dinero, que en los demás días del año corre impulsado por la inquietud de los hombres, en esta época de fiebre desliza de las manos de niños y mujeres, en esas pequeñas debilidades de las cosas bellas y encantadoras que inventa la civilización para tortura de los que nada tienen. Detenerse en las horas de la tarde junto á las grandes tiendas, en los alrededores de los bazares de juguetes, pasar por en medio de la aglomeración de niños y mujeres, oyendo sus conversaciones, atendiendo sus exclamaciones, es vivir una vida nueva en este Buenos Aires que durante once meses se nos aparece como un rudo trabajador ó como un seco hombre de negocios, sin alma y sin escrúpulos. Es bajar al fondo del alma bonaerense, es interiorizar en el espíritu del gran monstruo y saber qué anhelos le mueve, averiguar por qué trabaja, comprender qué propósitos le guían en esa eterna lucha por el oro. Viendo esas filas apretadas y compactas de mujeres que entran á las tiendas en estos días de fiesta, contemplando esas muchedumbres de niños que llenan los grandes bazares de juguetes, se comprende que la gran ciudad tiene un alma y que en el fondo de esa vida de trabajo, de lucha, de ruda batalla por la posición social, hay un secreto anhelo, que bien puede ser la formación de un espíritu único, como ese que se nota en las cosmópolis europeas donde la uniformidad no ha surgido tampoco, sino que se ha hecho después de largos y difíciles esfuerzos. Que Buenos Aires tiene un alma, que no es el terrible campo de batalla de donde ha huido la espiritualidad del ensueño, se comprende en estos días que tienden como una alfombra amortiguadora de la lucha. Se comprende que Buenos Aires tiene también su corazón, cuando se le ve estrujado entre las manos infantiles ó mordida por la blanca dentadura de esas mujeres que rien, tentadas por el lujo y la vanidad, ante los inmensos escaparates de las tiendas luminosas... Y todo se explica y todo se perdona ante la bella visión.—JUAN MAS Y PÍ.



Esta tarde nublada tiene el raro incentivo de dar á los objetos poder iniciativo, tan fuerte, que dijérase que un divino decreto ha obligado á las cosas á decir su secreto.

Para poder gozar de toda la belleza, mis sentidos lograron máxima sutileza; y así, por milagroso modo, gozo consciente el paisaje encantado íntima y plenamente.

El olfato percibe los múltiples aromas de la foresta, y hasta las altas pardas lomas, rojas de sol, alcanzan el bien de la mirada; aires, ríos y fuentes modulan su tonada distintamente. ¡Oh, tarde, propicia al alma, llena de anunciaciones vagas y de una abstracta pena!

Desarrolla un camino su cinta polvorienta bajo de la amenaza cóncava y centesimada del cielo, en cuyo fondo toman aspectos mágicos de una flora gigante los esqueletos trágicos.

Pienso... Quiero hacer versos, describir la poesía de esta tarde angustiosa; ahorrarle la armonía de este vespertino, en versos de un ritmo tan suave, que tenga algo del río, de la fuente y del ave —candidez rauda, curva blanda, trémula y viva, que me trae la quimera de un alma fugitiva— y de los tristes árboles sin hojas, y del viento... ¡Todo lo que no digo y todo lo que siento!

Ante mí desplegada la impoluta enartilla, aguarda el jeroglífico—creación ó maucilla— de la pluma, que, presa en mi nerviosa mano, traza ilusoriamente un pensamiento arcano en el aire. Algo eléctrico en la atmósfera vibra y también algo eléctrico sacude cada fibra de mi ser... Pienso... En vano quiero la exuberancia pensar de mis ideas; en vano de la estancia en la quietud aquietó mi espíritu intranquilo (¡oh, mendigo soberbio que desprecia el asilo!); y en vano de la péndola los monorrítmicos sonos

cauce uniforme ofrecen á mis meditaciones.

¡Siempre blanco el papel; siempre erguida la pluma y el mismo pensamiento que en el aire se esfuma!

El sol cadente, luego de fingir un momento el hombro de una diosa, se oculta. El firmamento es palenque de duelo de dos nubes rivales, densas y tenebrosas, del choque de las cuales ignea sierpe se e-capa, que va á extinguir su fuego en la erección lejana de un campanario. Luego todo se queda en calma. Torno á bajar la pluma para trazar los signos de un algo que se esfuma atrayente y esquivo, y es inútil; en cuanto toca el papel el hierro se deshace el encanto. Y al fin, cuando en la lucha me confieso vencido, igual que por las puntas escápase el fluido, de mi pluma se escapa una suave fragancia de versos increados que saturan la estancia.

ALFONSO HERNÁNDEZ-CATÁ.



Hemos hablado á menudo de las colecciones extraordinarias, que por todas partes, á través del globo, divierten á dulces maniacos y á «snobs» á quienes el miedo al ridículo no detiene; pero no podríamos dejar pasar en silencio al museo, único en el mundo, ciertamente, que ha constituido hace más de treinta años, un viejo capitán portugués, hoy retirado, llamado Vicente Coelho.

Ese bravo marino vive hoy en el pequeño puerto de Figueira-da-Foy, en la provincia de Beira. Salvo los amigos que van á verlo de tarde en tarde, pocos turistas son admitidos á visitar su extraña colección; pero el capitán Coelho tiene según parece, la intención de legarlo á su muerte, al museo de Lisboa.

Toda la colección está encerrada en una pequeña vitrina y se compone de veinticinco piezas á lo sumo. Los visitantes no prevenidos, podrían creer que el marino guarda cuidadosamente en ese mueblecito algunas viejas botellas de rum, de Madera ó de Oporto. Y es que las botellas de la vitrina parecen, en efecto, muy viejas. Sin embargo, no contienen ni vino ni alcohol. Se distingue en cada una de ellas, un papel amarillento, un pedazo de género ó aún, pequeños trozos de madera en los cuales están trazados caracteres medio borrados.

Documentos trágicos, llamados desesperados, últimos adioses de agonizantes, líneas apenas visibles que son verdaderos testamentos, todas las botellas del capitán resumen, por su contenido, terribles dramas marítimos. Es el museo del naufragio y de la angustia.

Varios de esos mensajes confiados al azar de las corrientes, fueron arrastrados por las aguas durante largos años; otras, permitieron salvar á desgraciados que se encontraban en situaciones más que críticas. Gracias á ellas, se ha conocido el secreto de la desaparición de navíos, perdidos sin saber cómo.

En 1871, el capitán Vicente Coelho tuvo ocasión de llevar sana y salvo á Valparaíso, á la tripulación completa de un velero chileno desamparado en el Pacífico. El navío habiendo sido destrozado, los hombres consiguieron llegar en las chalupas á una tierra minúscula y absolutamente desierta. Ni la flora ni la fauna de esa isla podrían proporcionarles vi-

veres suficientes. Ya desesperados, echaron á las aguas una botella conteniendo las indicaciones necesarias para traerles socorro. Menos de una semana más tarde, la suerte quiso que el navío del capitán Coelho recogiera ese documento.

El relato de ese salvamento casi milagroso fué publicado en gran número de periódicos de todos los países. Se decía que, como recuerdo, el marino portugués conservaría siempre la preciosa botella. Más tarde, sus amigos no dejaron de mandarle siempre los documentos de ese género que pudieron conseguir. Así el marino pudo formar su curiosa colección.

¿Qué páginas más emocionantes que esos lacónicos billetes se podrían escribir? Hay algunos que resumen, con una concisión terrible, dramas tanto más emocionantes cuanto se saben vividos.

He aquí, por ejemplo, una pesada botella recogida en la Mancha el 17 de junio de 1882 por el Red Star, de Belfast. Cuando se sacó el tapón cayó un papel grosero, cuadriculado, una página de cuaderno manchada de sangre, en la que seis líneas escritas con lápiz se descifraban con dificultad:

«Margaret, de Falmouth, cortada en dos, noche del 25 de mayo 1882, por vapor. Pescador Bolson muerto, Smith echado al agua. Patrón Moore gravemente herido ha escrito.»

Temiendo, talvez ver hundirse los últimos restos del navío, antes de confiar al agua su mensaje, el pescador Moore no había tenido tiempo de terminarlo.

Se supo después, que la Margaret debió chocar en medio de la niebla, contra un paquebote viniendo del Brasil á Southampton.

Otra botella que viajó por más tiempo, fué encontrada por un navío brasileño, no lejos de Pernambuco. Contenia el relato del naufragio del velero español Guadalquivir, cuya tripulación consiguió salvarse y permaneció casi un mes en la mayor desesperación, en el cabo de Jericacoura. Bien tapada y alquitranada, bogó cerca de tres años sobre el Atlántico y los naufragos habían sido socorridos y vueltos á su patria desde mucho tiempo, cuando se leyó su relato dramático.

Un documento muy emocionante, es el que cayó en una playa de Noruega, en enero de 1893, en los alrededores de Hammerfest. Estaba encerrado en uno de esos recipientes de vidrio que una rondela de caucho permite cerrar herméticamente y llevaba la fecha del 16 de abril de 1892.

He aquí lo que contenía:

«Los marinos del brick Estrella del Norte, de Bergen, sabiéndose perdidos sin esperanza,

dirigen un último adiós á sus parientes y amigos. El capitán Bergmann ha muerto en la tempestad del 2 de abril llevado por una oleada. Navío desarbolado. Rumbo imposible de cerrar. Hemos luchado hasta el fin. Nos hundimos.»

Siguen las firmas de toda la tripulación; la situación exacta del navío y algunos detalles técnicos.

Cuando ese brick se hundió, se dirigía de Bergen á las islas Lofoden.

Varias de estas botellas que posee el capitán Coelho fueron lanzadas al mar en el Atlántico, del puente de un paquete para calcular la velocidad de ciertas corrientes.

En agosto de 1910, el corresponsal de un magazine inglés en viaje á América á bordo del Compania, de la Cunard Line, echó al agua á intervalos regulares, globos de cobre conteniendo mensajes idénticos. Los que los recogieron estaban invitados á devolvérselos. Ganarían en cambio, una prima de veinticinco francos.

Para aumentar las probabilidades de conocer pronto los resultados de su experiencia, nuestro colega añadió á los globos de cobre varias botellas. Seis de los mensajes fueron encontrados en un tiempo relativamente corto. Una de las botellas por fin ha venido á caer, en febrero último en la costa bretona, á seis millas de Guiloinec, al sud de la punta de Pennarch. Ha puesto diez y siete meses para cruzar la mitad del Atlántico. Lo más curioso es que el que la recogió era un inglés de exactamente el mismo nombre que el periodista que la echó al agua. Se puede igualmente deducir de esta experiencia, que un cuerpo esférico hace en un mismo espacio de tiempo más camino que una botella.

El corresponsal del «magazine» que conocía al viejo marino portugués, le ha ofrecido varias piezas para enriquecer su colección.

He ahí, ciertamente, una galería única en el mundo. Sólo un viejo lobo de mar podía poseerla.

...A costa de tantas temeridades como supone la colección que parece un símbolo humano.

TIERRICK D'Ys.

Tos, Catarro, Bronquitis
PASTA Y JARABE DE NAFÉ
DELANGRENIER
75 años de buen éxito

TÉ MAZAWATTEE
Pruebe las calidades mejores:

N.º 3 Especial	en paquetes \$ 2.25
N.º 4 Superfino	2.75
N.º 5 Puntas de Oro	3.50

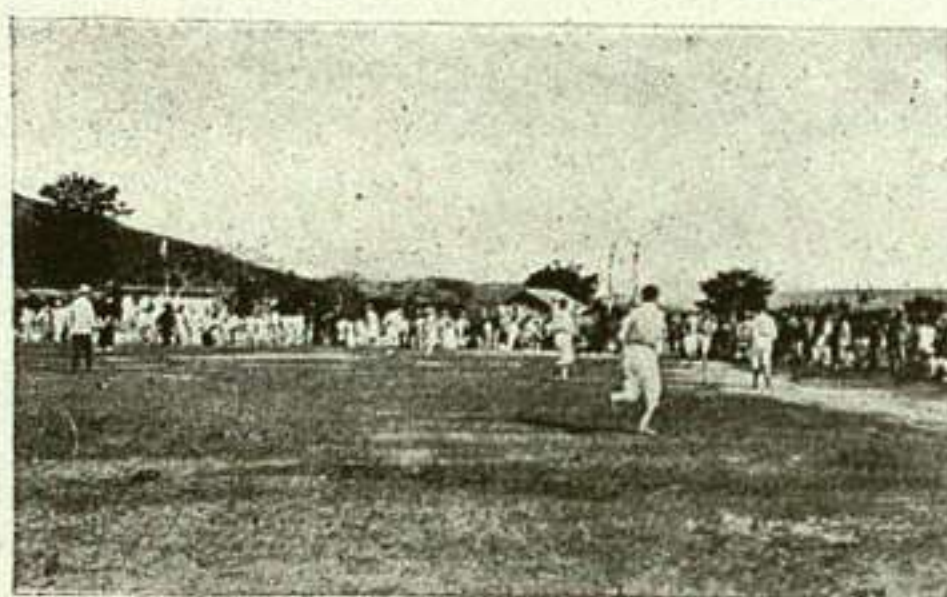
EL BASEBALL

El espacio de terreno en que se juega el baseball se denomina «diamond» y es un cuadrado romboidal de 90 pies por lado; el primer ángulo se llama «home» y los tres restantes «bases»; en el centro se coloca el «pitcher», que es el que lanza la pelota, y en el «home» se sitúa el «catcher», que es el que la recibe;



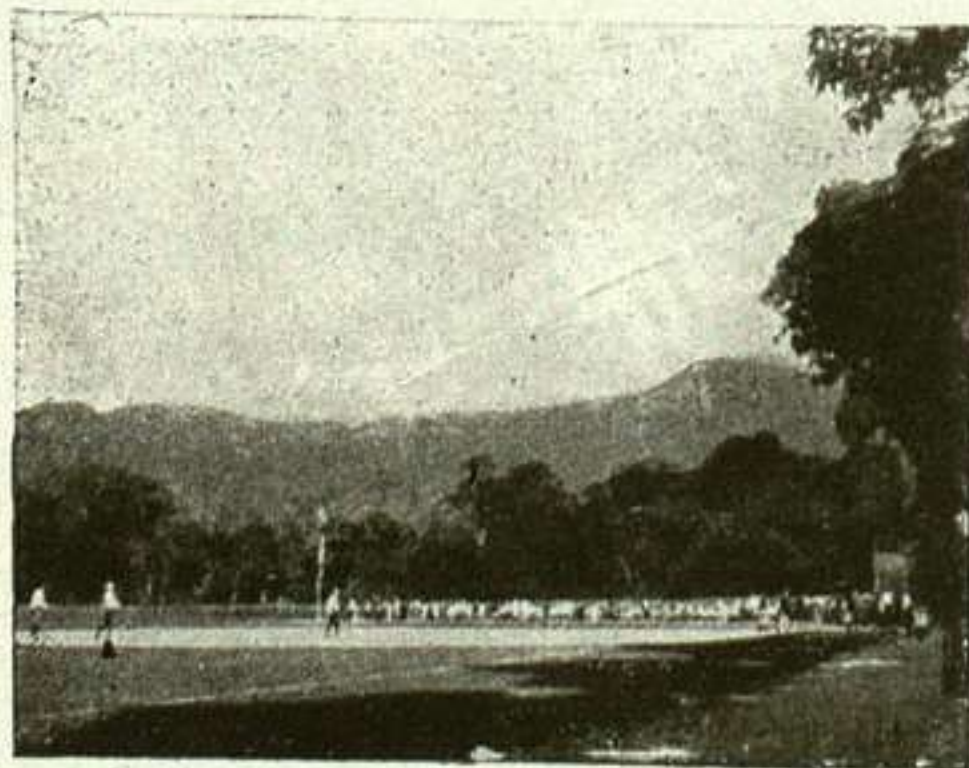
EL DIAMANTE (DIAMOND)

adelante de este último se para el «batter», ó sea el que trata de pegarle á la pelota con el garrote, y su puesto se llama «home plate». Cada partida la juegan dos «teams» competidores, cada uno de los cuales se denomina un «nine», porque se compone de nueve jugadores activos. Además hay siempre substitutes para reemplazar á cualquiera de los principales que tenga que salir del juego por cualquier accidente. Cuando á un «team» le toca su turno en el «bat», ó sea el lugar donde se le pega



VISTA DEL PRIMER JUEGO DE BASEBALL QUE SE EFECTUÓ EN HONDURAS

á la pelota, los jugadores del otro se colocan en las «bases» y en el «field», ó campo fuera del cuadro. En breves palabras, un «team» toma la ofensiva y el otro la defensiva, por turno. Cada uno de los «nines» del primer «team» tiene que pasar á su vez á darle á la pelota que le lanza el «pitcher» al «catcher» en tanto que los del bando toman diferentes posiciones en el campo para derrotar al adversario por medio de maniobras adecuadas. Cuando el «batter» logra darle á la pelota el



EL DIAMANTE DE CARACAS, VENEZUELA

golpe debido tiene que botar el garrote y salir corriendo para llegar á la primer «base» antes de que alguno de los «basemen» ó de los «nines» del «team» de la defensiva haya podido coger la pelota antes de que caiga al suelo; si lo logra tiene que permanecer allí hasta que se le presente oportunidad de pasar



EL PITCHER

á la segunda, y así sucesivamente hasta completar un «round», que es el recorrido alrededor de los cuatro ángulos. Cada «round» que hace un jugador es un punto para su bando. Cuando el «pitcher» lanza tres veces la pelota al «catcher» en la dirección correcta y el «batter» no logra pegarle, éste sale del juego y le toca el turno á otro de los «nines». Cuando á tres de éstos les ha ocurrido la misma cosa ó no han logrado llegar á tiempo á la primer «base» el «team» de la defensiva toma la ofensiva, y vice versa, para tener oportunidad de ganar puntos.

Además de los nueve jugadores hay también el «umpire», ó árbitro de cada «team», que es un puesto de importancia; á él se someten todas las disputas ó dudas que ocurren en el juego.

Una vez que cada «team» ha tenido oportunidad para ganar puntos se completa la primera etapa del juego, que se llama «inning», ó turno del «batter». El juego ordinario se compone de nueve turnos, y el «team» que ha ganado el mayor número de puntos ó «rounds» gana el juego. Si los dos «teams» han obte-



EL CATCHER

nido igual número de puntos se continúa la partida hasta que alguno supere al otro. Ha habido juegos de 18 y más turnos, pero estos casos son extraordinarios.

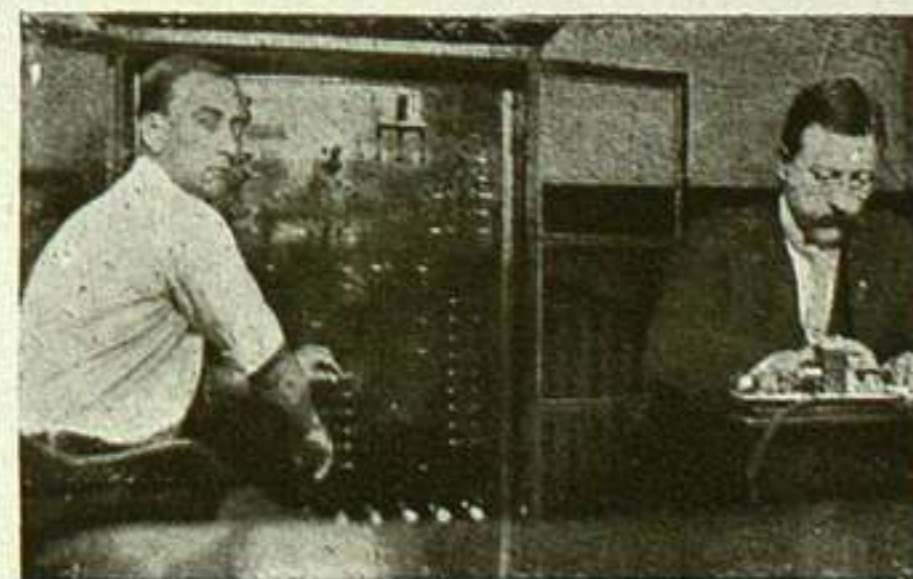
La pelota con la cual se juega el baseball es de cuero y debe pesar por lo menos 5 onzas, el garrote ó «bat» es redondo y, por lo general, de madera muy dura para poder arrojar la bola con fuerza sin que se rompa. El guante que usan los jugadores se asemeja un tanto á un cojín. El traje del «catcher» se parece mucho al de un esgrimidor de sable



MUCHEDUMBRES DE ENTUSIASTAS DE BASEBALL

pues usa máscara de hierro y un delantal de cuero muy grueso y acolchonado que le cubre el cuerpo hasta la rodilla. Los jugadores usan uniforme que consiste en pantalón y camisa de franela de mangas cortas que ostenta el color y las iniciales del club al cual pertenece el que lo lleva. El pantalón debe estar bien acolchonado por los muslos á fin de que, dado el caso, el jugador pueda deslizarse por el suelo sin lastimarse. Los zapatos llevan una especie de púa en la suela y los tacones para que el jugador no se resbale fácilmente y pueda detenerse á voluntad. El pantalón y la camisa son generalmente del mismo color. Los jugadores uniformados nunca ocupan asientos en la plataforma ni se mezclan en manera alguna con los espectadores.

Los puestos, ó «bases», por lo general se marcan con sacos de lona rellenos de aserrín que se clavan en el suelo; el «home plate», ó puesto del «batter», es un cuadrado de caucho

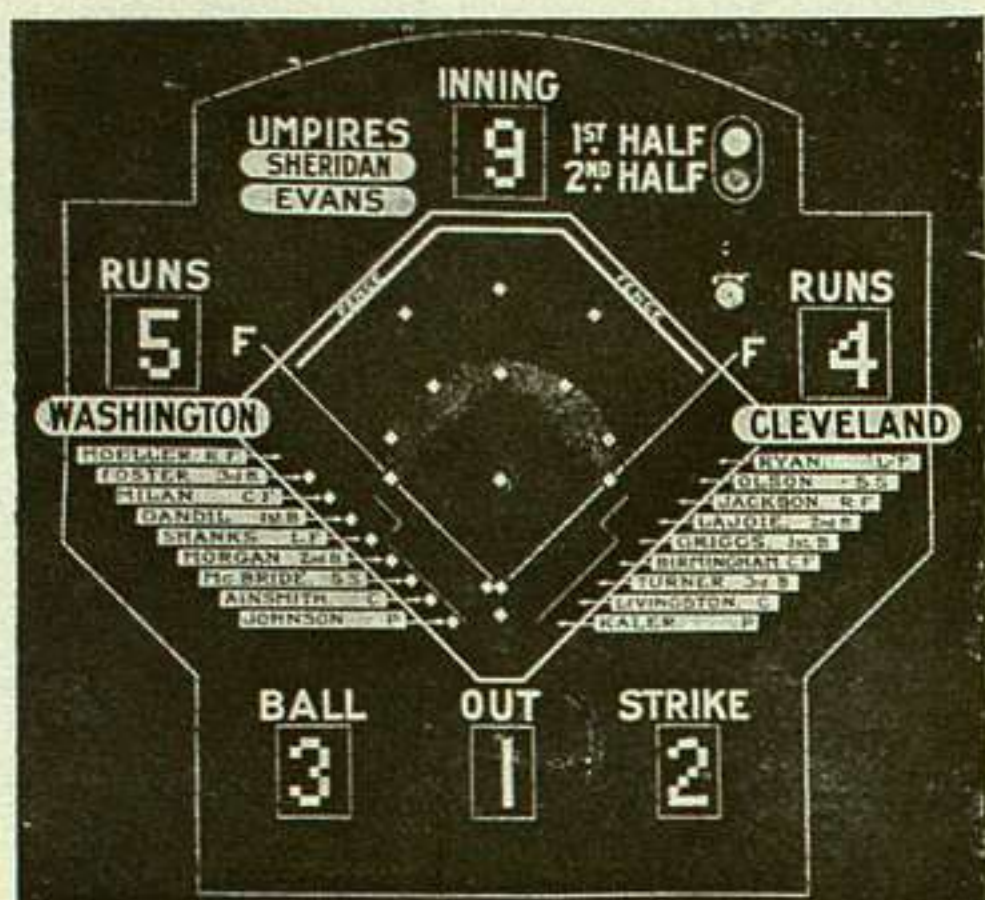


CONMUTADOR DEL TABLERO DE RODIER

que se hunde á nivel del terreno. Por de contado que estos requisitos no los observan los muchachos de escuela que improvisan una partida de baseball hasta en un ángulo de un solar. Sin embargo, si tienen el garrote, la pelota y el guante, y dos ó tres compañeros, puede decirse que poseen los elementos indispensables.

El baseball también ha contribuido un tanto á fomentar cordiales relaciones interna-

cionales, y ya es común que los «teams» emprendan viajes á distintos países con el objeto de poner á prueba su habilidad con rivales extranjeras. En estos concursos los jugadores tienen ocasión de ver sus métodos juzgados y probados con arreglo á diferentes modelos, siendo así que una nación á menudo crea un aspecto del juego de manera especialmente hábil. Sin embargo, la equidad y buena fe siempre tienen que predominar, y los miembros



EL «ELECTROSCORE» DE INOKES

bro de dos «teams» bien organizados que han tomado parte en un concurso equitativo al fin no pueden menos de ausentarse animados por un sentimiento de sincera amistad y un mutuo respecto.

El baseball es un espectáculo tan fascinador como las corridas de toros, ó las carreras de caballos, pero, además, proporciona la operación de gozar de un pasatiempo muy activo y saludable al aire libre. En los Es-



CÓMO SURGEN LOS «FANS» Ó ENTUSIASTAS

tados Unidos hay millones de personas que tienen el mayor placer en presenciar y tomar parte activa en este noble y varonil sport, razón por la cual es muy probable que el baseball continúe siendo el gran sport americano.

MEJORAS INTRODUCIDAS EN MEDIOS DE TRANSPORTE URBANOS

Es un principio muy conocido en mecánica que el agua y el vapor no pueden ser conducidos á la vez eficazmente en los mismos tubos. Ciertamente es que estos dos elementos con frecuencia son trasladados juntos, pero es necesario efectuar una separación para obtener el mejor resultado y la mayor eficacia. De idéntica manera en la actualidad el hombre de ciencia y el ingeniero consagran mucha atención á la solución del problema de los medios de transporte que en nuestras populosas ciudades cada día resulta más serio. La adopción universal del automóvil en las calles y avenidas, donde se encuentran multitud de personas, es causa de innumerables accidentes y muertes y la manía de la velocidad que parece haberse apoderado así de los jóvenes como de los ancianos, continúa halagando las gentes.

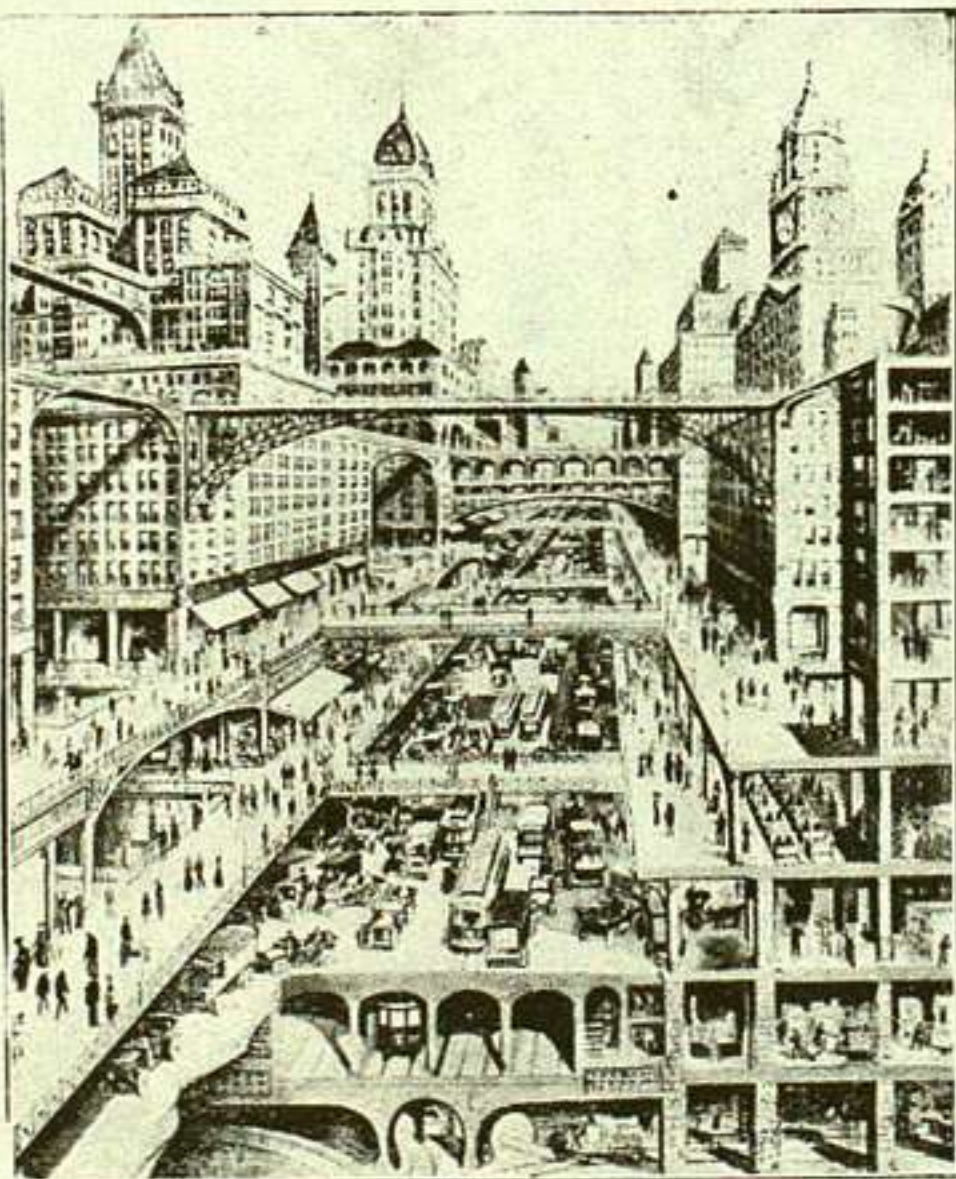
De tiempo en tiempo hanse sugerido algunos remedios, y en casi todas las ciudades ha habido comisiones de tráfico especiales que han procurado idear medios y arbitrios para verificar el tráfico ó transporte con menos peligro y mayor prontitud. El señor H. H. Supplee, en un artículo publicado en la conocida re-

vista Scientific American, dice que, á su juicio, no dista mucho el día en que todo el tráfico á pie y en vehículos en las calles, á donde siempre acude la multitud, tendrá que separarse, permitiendo así que cada medio de transporte se desarrolle independientemente. Las leyes que se aplican al tráfico de los carros urbanos y rápidos automóviles suelen ser inadecuadas en los casos en que el movimiento á pie es tan enorme que la regla que se aplica en un caso produce confusión en el otro.

Hoy se dice que si ha de obtenerse toda la capacidad de los vehículos impulsados mediante la fuerza mecánica, es necesario aplicar un principio fundamental fundado en la separación del tráfico de á pie respecto del que se hace en vehículos. Con este fin se han hecho detenidos estudios que han dado por resultado la adopción de planes definitivos que tienen por objeto mejorar las condiciones existentes, planes cuya viabilidad es tan obvia que no ha menester de argumentos.

La superficie de las calles ha de dedicarse exclusivamente al uso de los vehículos. Los peatones usarán aceras elevadas en forma de una serie de aceras que correspondan á los pisos de los edificios. Mediante la adopción de este plan el público que camina por las aceras estaría exento de los constantes peligros que ahora rodean á los peatones en las calles en su empeño de evadirse de un vehículo que corre rápidamente.

Dícese, asimismo, que una acera lisa y accesible, aumentaría muchísimo el valor del frente de los establecimientos, y otro tanto sucedería en cuanto á los pisos más altos, siendo así que la acera quedaría en una serie de elevaciones que corresponderían á la altura de los edificios más bajos. A trechos determinados y convenientes la construcción de puentes para atravesar las calles sin duda aumentaría la conveniencia de los peatones y en algunos casos la acera movetiza también contribuiría á la comodidad del público.



LA SEPARACIÓN DEL TRÁFICO

He aquí una vista de la nueva separación del tráfico, con arreglo á la cual el tránsito de los peatones queda separado del de vehículos. Según este plan, la parte principal de la calle queda libre y expedita para toda clase de vehículos, en tanto que los pedestres usarán exclusivamente las aceras. Unos de los detalles de novedad de este nuevo plan lo constituye la acera movetiza que se verá en el extremo izquierdo del grabado y que durante varios años se ha puesto en práctica, con éxito, en Atlantic City. Los asientos se mueven con lentitud y los que andan á pie pueden detenerse en ellos ó salir de los mismos, á voluntad. Las vías subterráneas proporcionan el transporte más rápido.

Puede formarse una idea de la importancia y seriedad del problema del transporte en una gran ciudad, como la de Nueva York, teniendo en cuenta el hecho de que, en un solo edificio, como el de Woolworth, por ejemplo, se alojan 10.000 personas, y que todas ellas tienen que entrar en él y salir, por lo menos dos veces al día, y muchas de ellas con mayor frecuencia. Tomando en consideración la circunstancia de que este gentío va directamente á las calles que están completamente llenas de vehículos

que se mueven con rapidez, es casi maravilloso que los accidentes y muertes no sean más numerosos. El problema resulta mucho más grave por las mañanas y tardes, cuando millares de seres humanos entran y salen de centenares de inmensos edificios.

No cabe duda de que la separación práctica y verdadera del tráfico de peatones y vehículos será objeto de especial interés, y acaso no podría tenerse una demostración más exacta de esta idea, en una escala relativamente pequeña, que estudiando el movimiento de pasajeros á través de los enormes puentes que conducen de Nueva York á los suburbios.

MADRIGAL Á UNA CABELLERA BLANCA

En la cadencia de los atardeceres, que esfuma por la vieja sala el contorno de las cosas, y hace sucesivamente desaparecer los cuadros, los jarrones, los espejos, la corona lumínica de tu cabello es lo postrero que se ve... Ella es entonces, como una lumbre en la negrura, la sola señal de lo que vive; y hay más vigor de tiempo en su senectud, pues que perdura sobre lo que acaba. Tu pelo blanco es la sutil exhalación del sol, que se disipa como en una espiritual neblina de color: la sensible percepción limitadora de este barro carnal de nuestras vidas...

En las ondas rizadas que se vierten á la orilla de tu vejez, todos los ímpetus se rompen en la suprema serenidad de las espumas. Las hebras cristalinas de tus cabellos son las burbujas mansas con que los besos van á morir sobre tu frente, deshaciéndose... Albas son tus crenchas, como unos resacos de pasión, y tienen tus canas la bella imponencia de una tempestad en la ribera...

Es de luto tu blancor, como las galas que adornan las muertes tempranas: amor niño murió ya en tu regazo blando de abuelita. Y tus bucles al aire, bajo esta brisa enredadora de los atardeceres, se voltean con un íntimo repicar gozoso de alocadas campanillas de plata. Y muestran las trenzas la alegría deslumbradora de las estolas tendidas y blancas cual un impoluto lazo desatado sin que dolor de sangre le alcanzase... Sólo en los santos sepelios hay una blancura así.

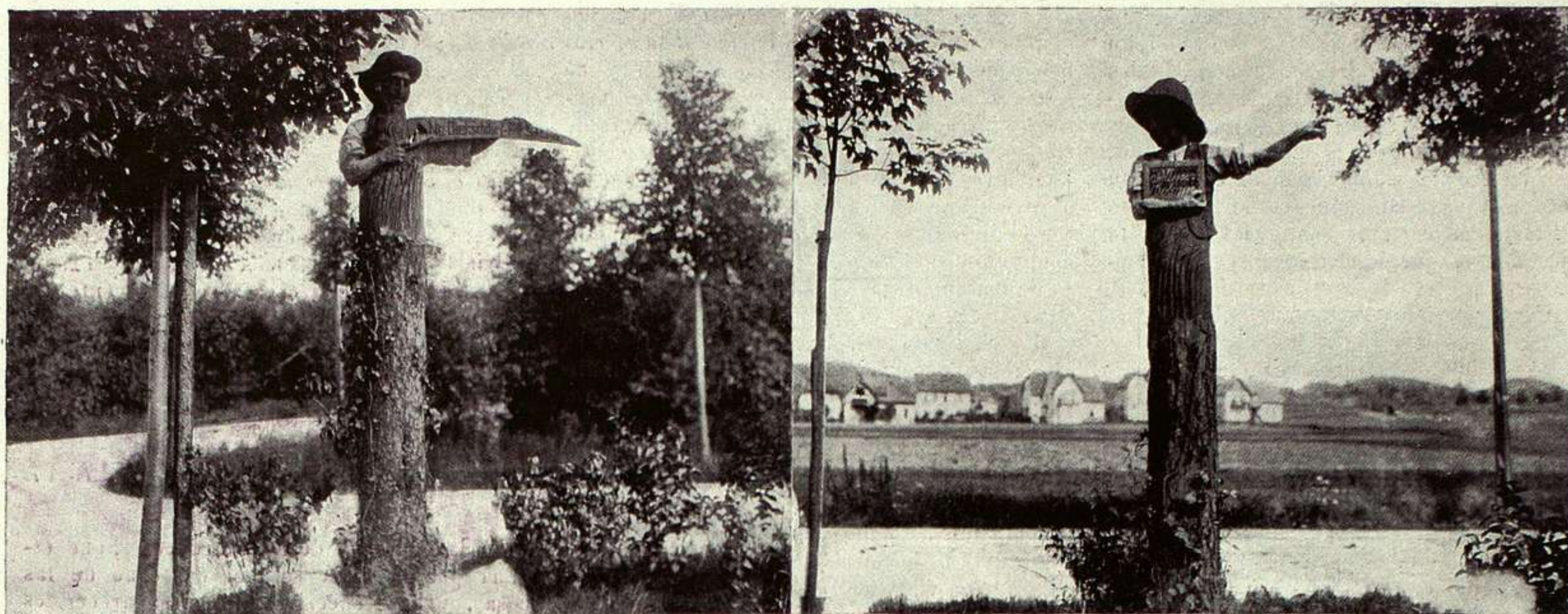
Entre tu cofia, los hilos incoloros se destejan como las sedas venerandas en sus vitrinas de recuerdo. Noble girón, glorificado por las empresas de lucha, en cuyo ánimo puso el estandarte de su mata suelta cuando venían á jurarlo sobre el guión enhiesto de tu cuello... Las mermadas guedejas rotas que todas las mañanas se desprenden de tu cabeza blanca por el polvo de los caminos, tienen el prestigio mismo de esos pedazos guardados como en el estuche de tu cofia tersa. Por ellas, un hombre te dió, la vida viviéndola, que es más cierto sacrificio que daría matándose...

Aguas de muchas lágrimas hubiste para dejarte tan blanqueados. Como un lino que secura al sol, tu cabellera fué enjugándose del bautismal rocío hasta queda sin mancha. Y en esa candidez de tus cabellos, hechos ya velo con el alma que va á envolverse en su Taboa, hay como la gracia ingenua de una transfiguración...

Precioso es tu encanto, como lo son las obras de los años: el aroma de un vino, la labrada suavidad de las piedras bajo las fontanas, gota á gota. Nada remeda la pátina exquisita que una vez probaron á imitar las damiselas, abadesas de amor sobre el báculo galante de sus cayados...

¡Oh! Las bandas plegadas de tus sienes son como las alas gratas de las mariposas que traen las buena nuevas... Más, más claras aún. Para decirlas, es preciso mejor esa sensación imaginada que pone en el reflejo de los aceros y en el cabrilleo de los ríos tal que una blancura de sombra...

JAVIER VALCÁRCEL.



NOTAS SELECTAS EUROPEAS.—SILESIA.—INDICADORES DE LA RUTA CONSTRUIDOS EN EL BOSQUE CON TRONCOS DE ÁRBOLES.—REPRESENTAN UN PAISANO ARMADO CON UNA HOZ SOBRE LA CUAL SE LEE EN EL IDIOMA DEL PAÍS UNA INSCRIPCIÓN.

LA PIÑA DE ORO

Aún era niño Roberto cuando tuvo (esto no supo nunca determinarlo) una visión ó un sueño: se le figuró ver un ángel de faz sonriente y luminosa, de alas blancas y cuya voz parecía una música dulcísima. Llevaba en la mano una piña de oro, y enseñándosela á Roberto le dijo: «Búscala; cuando la encuentres serás feliz». Después desapareció.

Roberto, durante los últimos años de su infancia, recordó frecuentemente las palabras del ángel, sin lograr explicárselas en aquellos momentos; experimentaba honda melancolía, y era inútil excitarle á estudiar ú ocuparse en algo, pues permanecía absorto pensando en la piña de oro.

Estas sensaciones y estos recuerdos fueron siendo más intensos á medida que pasaban los años; tanto, que un día entró en la habitación

de su padre, que era el propietario más rico de la comarca, y le dijo lo que le sucedía.

El padre le oyó atentamente, y después de reflexionar un momento contestó:

—Hijo mío, es posible que eso que me cuentas sea no más que una ilusión tuya; pero ya veo que no podré librarte de esa obsesión que te mortifica. Así, pues, lo mejor que puedes hacer es dedicarte á buscar la piña de oro por todos los medios posibles; si quieres leer

Pureza del Cutis

CONSERVADA Y RECONSTRUIDA CON

La Leche Antefélica o Leche Candès

Esta preparación, cuyo invento se remonta al año 1840, debe sus propiedades cosméticas á la feliz combinación de elementos tomados de la materia vegetal y animal, y cuya acción no traspasa las capas superficiales de la piel.

1.ª DOSIS BENIGNA.

Empleada en esta dosis, es decir, mezclada con más ó menos agua (se usa la manera de emplearse), la Leche Antefélica ó Leche Candès es ciertamente la más sana y más útil de las aguas de tocador. Entre otros los efectos de depura, tonifica, y fortifica insensiblemente los miembros de la cara; conjurando de este modo, retrasando ó borrando las arrugas; destruyendo los granos sin repugnancia; disipa el «oleo», la rubicundez, las eflorescencias farináceas y furfuráceas, las rugosidades y demás alteraciones de la superficie del dermis; combinada con un tratamiento interior, restituye el color natural á los rostros barrosos; predispone generalmento en los adultos (rara vez en los adolescentes) la reproducción de las pecas, que hace desaparecer en dosis estimulante; conserva la piel del rostro clara, tersa y transparente.

2.ª DOSIS ESTIMULANTE.

Empleada en esta dosis, es decir, en estado puro ó mezclada con igual cantidad de agua (según la delicadeza de la epidermis), la Leche

Antefélica ó Leche Candès destruye las eflorescencias y el lentigo, manchas redondas y rojas que suelen salir en el cutis.

Bajo la influencia de estas lociones, ha escrito un salubrista: «solamente se excorior y se enrojece un poco la piel, acompañando de una ligera tumescencia local; poco después la epidermis, que adquiere un color pardo subido, se seca y se produce una exfoliación bajo forma de pequeñas escamas, que deja á descubierto la piel blanca y fresca, sin ninguna huella de las manchas que antes la cubrían.»

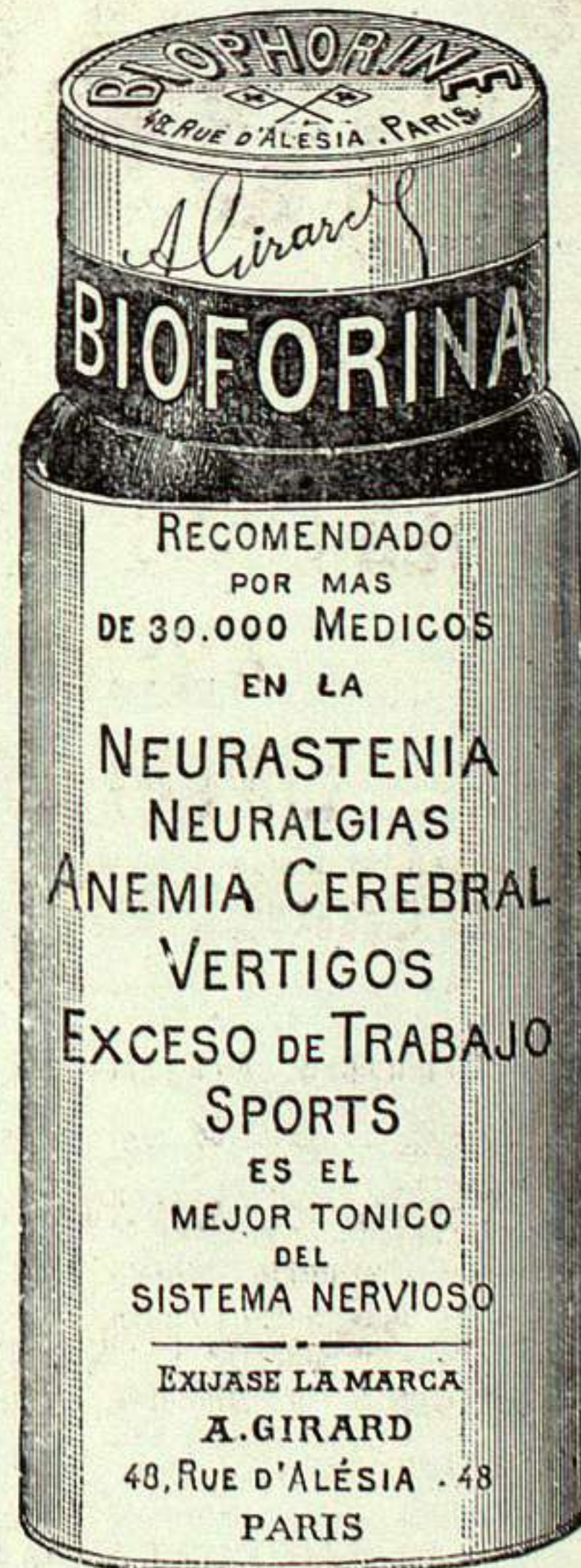
Como se ve, si el tratamiento en dosis estimulante (siempre sin peligro, lo repetimos) es energico, su eficacia es soberana.

Tales son las propiedades cosméticas — afirmadas por observaciones medicinales y consagradas por largos años de experiencia — que desde 1840 han extendido por el mundo entero el uso de la Leche Antefélica contra las alteraciones accidentales de la piel del rostro y para la conservación de la pureza y tersura del cutis.

MANERA DE EMPLEARSE SEGUN LOS CASOS

I. DOSIS BENIGNA Y AGUA DE TOCADOR. — Agitar el frasco hasta que el líquido haya cobrado una apariencia lechosa; verter en un platillo la cantidad de una cucharada de café; añadirle: 1.ª, una ó dos veces el tanto de agua para la rubicundez ó rostro barroso; 2.ª, dos ó tres veces el tanto contra la oleína, las arrugas prematuras, los granos, las rugosidades, grutas, eflorescencias farináceas ó furfuráceas y demás alteraciones accidentales; 3.ª, tres ó cuatro veces, como agua de tocador, para conservar la piel del rostro firme y tersa. Con estas mezclas, empapar un trapito de hilo y humedecer dos veces al día el sitio de las afecciones. Como agua de tocador, una loción basta, con preferencia por la mañana, algunos minutos antes de lavarse.

II. DOSIS ESTIMULANTE contra las PECAS ó LENTIGO. — Los dos primeros días, añadir á una pequeña dosis de Leche vertida en un platillo una cantidad igual de agua, dosis que hay que continuar si los efectos descritos más abajo empiezan á producirse; si no, desde el tercer día se emplea la Leche en estado puro, y se humedecen, sin frotar, las manchas, una vez, dos veces, tres veces á lo sumo durante el día (según la delicadeza del cutis), hasta que la epidermis que las cubre, pasando por dos fases previstas y siempre sin gravedad — 1.ª, escorior más ó menos vivo; 2.ª, ligera tumescencia acompañada de un sentimiento de tensión, — haya recobrado un color pardo y se seque. Obtenido este resultado, se opera con adición de tres cuartas partes de agua. La epidermis se exfolia, y la piel, momentáneamente roja, aparece (después de diez ó quince días de tratamiento) blanca y fresca y libre de las manchas que la empañaban.



libros que puedan guiarte en la busca, compra cuantos libros quieras; no te limites el gasto; si quieres viajar, viaja. A todo accedo con tal de que puedas encontrar la piña y ser feliz.

Desde aquel día comenzó Roberto a leer gran número de libros. Empezó por los de botánica, suponiendo que alguno de ellos le facilitaría las noticias que buscaba, pero no halló ninguna; luego, pensando que la deseada piña era de oro, leyó muchos libros de mineralogía, con el mismo resultado negativo. Oyó decir que los poetas eran profetas á veces, y leyó innumerables obras poéticas de todas las naciones; más adelante, persuadido de que no sólo son poetas los que escriben versos, leyó también numerosos libros literarios en prosa... Todo fué inútil.

Así pasaron algunos años, durante los cuales, á fuerza de leer, adquirió Roberto un gran caudal de conocimientos en todos los ramos del saber humano. Siendo joven aún, sabía más cosas que muchos hombres maduros.

El trabajo intelectual tan continuado alteró su salud, y los médicos le ordenaron que descansara.

Obedeció de mala gana, pues era muy aficionado al estudio; pero atendió al deseo de no disgustar á su padre, que se preocupaba con su estado.

Entonces empezó á viajar; fijo en su sueño de encontrar la piña de oro, recorrió los mayores pinares del mundo; pasó en ellos horas y horas aspirando el aire embalsamado por la resina y por las emanaciones del mar cercano.

Con ello se dilataron sus pulmones y recuperó rápidamente las fuerzas que había perdido en sus largas horas de estudio. Verdaderamente encantado contemplaba aquellos pinos, esperando ver colgante de alguno de ellos la mágica piña de oro, y sin verla nunca. Después, enamorado de los viajes, anduvo por aquí y por acullá, por tierras próximas y lejanas, y conoció infinidad de usos y costumbres que ya había leído en sus libros, pero que le parecieron mucho más interesantes en la realidad.

Atormentado por aquel sueño de su infancia, trató de averiguar si los demás hombres á quienes encontraba en su camino tenían una necesidad parecida á la suya, y así supo que, aunque no pinas de oro, todos buscaban algo que no lograban encontrar.

Cansado él de la ineficacia de sus esfuerzos, volvióse á la ciudad natal, donde, por complacer á su anciano padre, se casó, fundando una nueva familia.

De las muchas cosas que había aprendido viajando, una, sobre todo, permanecía fija en su imaginación: que todos los hombres perseguían la felicidad sin alcanzarla. Por esto se propuso (tenía entonces cuarenta años) dedicar toda la vida que le quedaba á favorecer á sus conciudadanos, los cuales, gracias á él, podían ver realizadas algunas de sus aspiraciones. Esta resolución era tanto más de su agrado cuanto que esperaba encontrar merced á ella una gran tranquilidad. «Mientras los demás persiguen su propia felicidad—pensaba—y están constantemente angustiados, yo, ocupado en la felicidad de los demás, no sen-

tiré tanto pesar y tal vez olvide el sueño que ha perturbado mi infancia y mi juventud».

Desde entonces dedicó su inteligencia y su esfuerzo al mejoramiento de la ciudad que le vió nacer, y tales beneficios sembró, que en corto plazo logró que le quisieran como á un padre y le veneraran como á un maestro todos sus conciudadanos.

Una tarde, mientras, sentado en el sillón de su despacho, acariciaba á sus hijitos, pensó: «Durante muchos años he perseguido un sueño vano: primero no amaba ni la ciencia ni el arte ni á mis semejantes; luego leí, estudié y ví muchas cosas hermosas; me enamoraron el arte y la ciencia, pero aún no me sentía satisfecho; me afligía el espectáculo de tantos hombres, hermanos míos, mortificados por deseos siempre nuevos y nunca realizados. Ahora he hecho por ellos cuanto he podido, y le comprendo que desde que entré por esta nueva vía iba mejorándome y purificándome lentamente; tengo una familia que me quiere, una población que me aprecia mucho y un porvenir halagüeño».

Contempló á sus hijos y luego dirigió sus miradas á la ventana abierta, por la cual se veía el cielo, color de púrpura del crepúsculo.

—Ahora que he aprendido á buscar más la felicidad ajena que la propia, me siento feliz.

Levantó los ojos y se quedó asombrado. En una de las más altas ramas de uno de los pinos del jardín colgaba una piña iluminada de tal modo por los rayos del sol poniente, que parecía una piña de oro...

DINO PROVENZAT.



VINO NOURRY

YODOTANICO
á la vez
Depurativo y Fortificante.

**DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO**

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagies, etc.)

F. COMAR & FILS
PARIS

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

NUEVA MEDICACIÓN
Calmante por excelencia de las enfermedades del estómago y del intestino

BISCOLS Calmantes
BIZCOCHOS FRAUDIN

ANTIGASTRALGICOS — ANTIDISPEPTICOS
ACEDIAS, PIROSIS, DIARREAS
FIEBRES INFECTIVAS



los Biscols Fraudin
me han curado
me gustan
mucho.

OJO!
Especificar el Nombre
FRAUDIN
Paris-Boulogne

CATARROS
antiguos y recientes
TOSES, BRONQUITIS
CURADOS radicalmente
POR LA

**SOLUCIÓN
PAUTAUBERGE**
que procura
PULMONES ROBUSTOS
y preserva de la
TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE
COURBEVOIE-PARIS

HIGIENE del TOCADOR



Para conservar una sólida dentadura y mantener sana la boca, afirmar las encías y fortificar el cabello; así como para las abluciones higiénicas de las señoras, para el aseo de los niños de pecho, etc., está recomendado el uso del

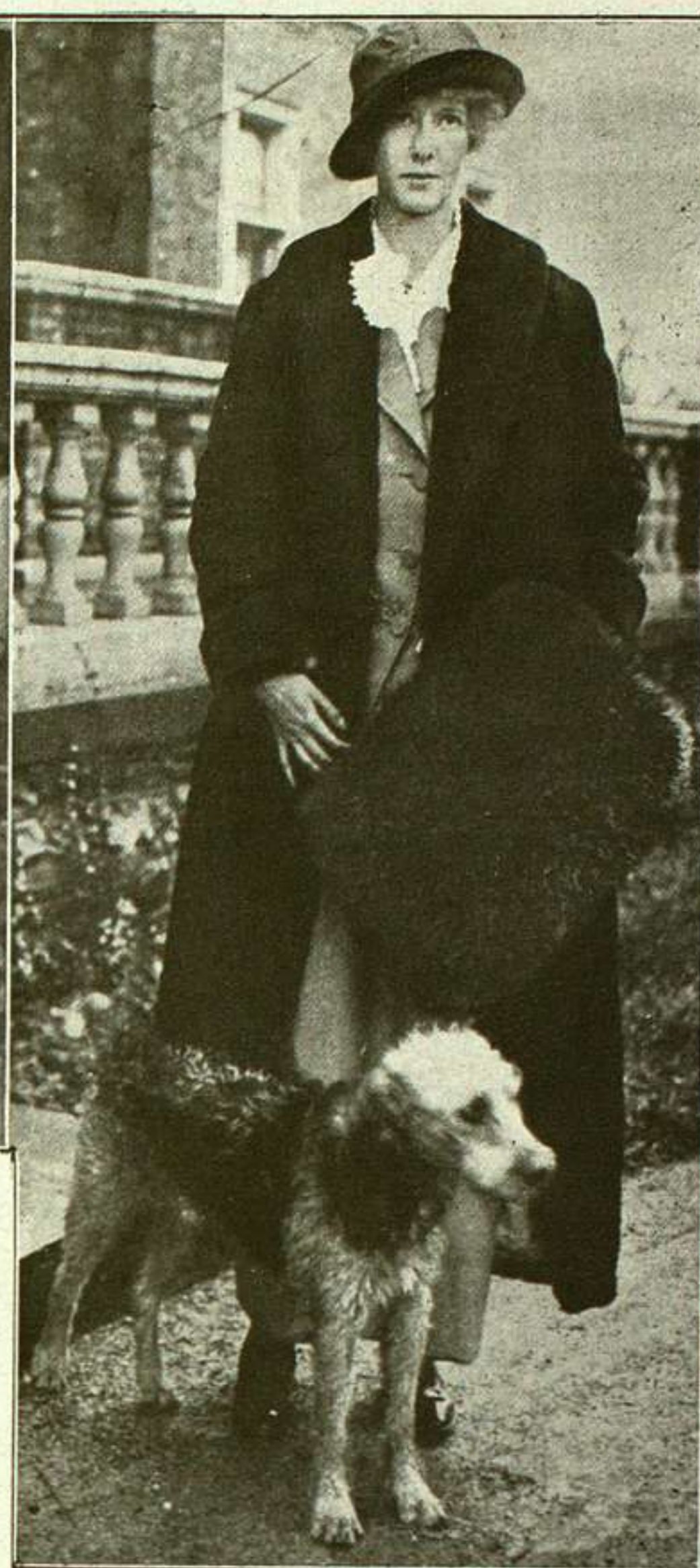
Coaltar Saponiné Le Beuf

el cual posee las propiedades antisépticas y deterativas **INDISPENSABLES** que deben reunir los productos destinados á usos semejantes; á estas cualidades debe el coaltar su admisión en los Hospitales de París.

EN LAS FARMACIAS
Desconfíese de las imitaciones á que sus éxitos han dado origen.



NOTAS SELECTAS EUROPEAS.—BERLÍN.—GUILLERMO II Y COMITIVA DESPUÉS DE LA CACERÍA DADA EN HONOR DEL HEREDERO DE AUSTRIA-HUNGRÍA.—NEW-YORK.—MIS HELENE HUNTINGTON, NOVIA DE VICENTE ASTOR EL MÁS RICO HEREDERO DEL MUNDO



La próxima temporada del Colón

Ha sido adjudicada la temporada del teatro Colón, correspondiente á 1914, al señor Leopoldo Longinotti, quien el año pasado com-

partió con el señor Ciacchi el arrendamiento del citado coliseo, poniendo de relieve su actividad.

El señor Longinotti está actualmente en Italia y desde allí ha prometido que contratará á los mejores artistas.

No hacemos réclame para edificios;
los edificios hacen réclame para nosotros

Crittall
CASEMENTS

La ventana "**Crittall**" fué proyectada como una ventana de acero impermeable, producida á un precio que no excedía al de una ventana de madera dura.

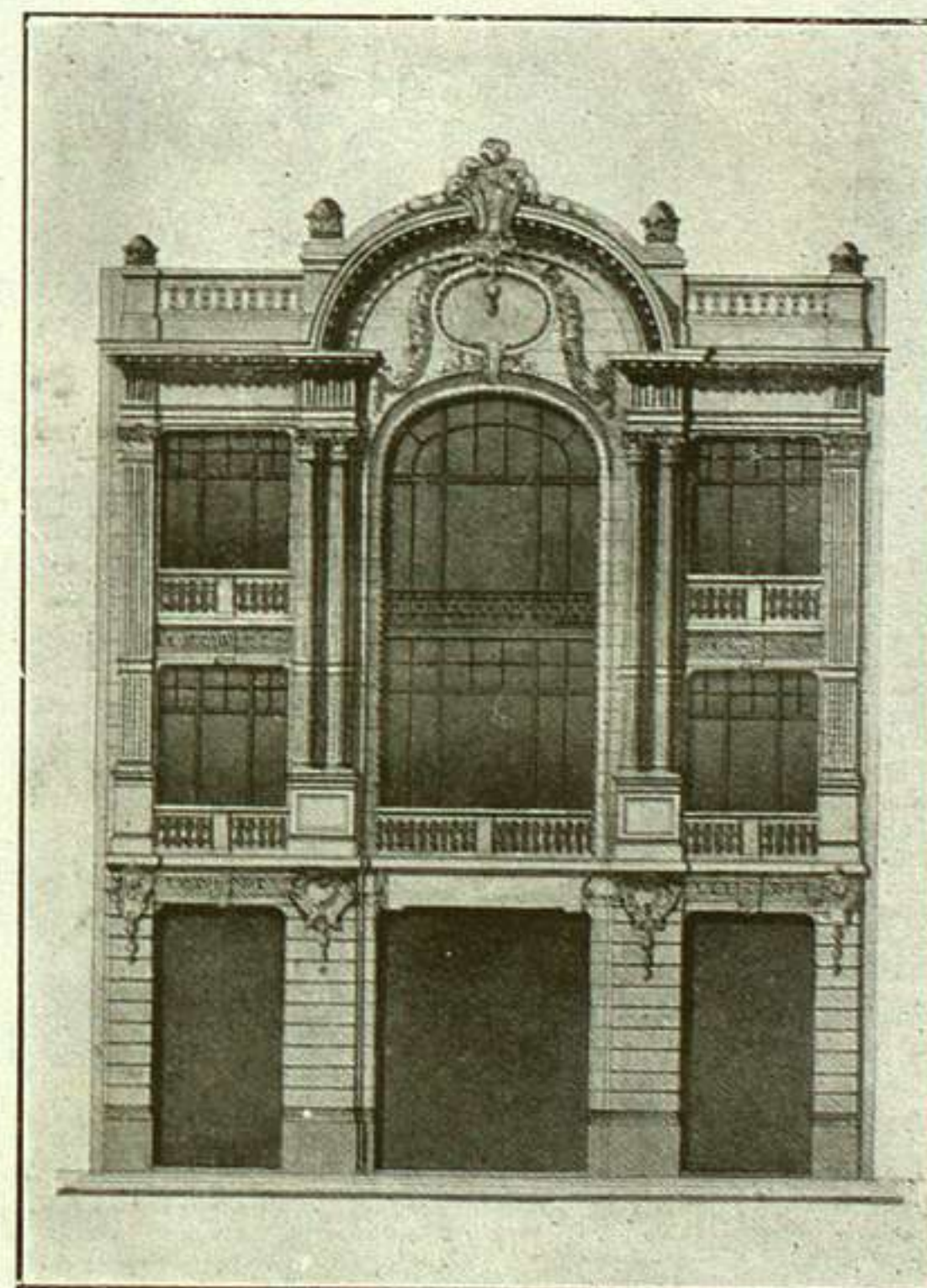
Esto se consiguió, siendo además el marco "**Crittall**" más resistente y más mecánicamente exacto.

Informes, dibujos y nuestro departamento
- - - técnico, están á su disposición - - -

MOORE Y TUDOR

Maipú 142

Buenos Aires



Nuevo edificio con ventanas CRITTALL, de los Sres.

ORMILUGUE, MARTINEZ & Cia.

ALSINA 1193

ALVAREZ Hnos.

Arquitectos

RESERVADO

PARA EL

San Martín

Instituto

Que próximamente

se inaugurará



Joyas Técla



Las alhajas Técla son maravillosas reproducciones de perlas, esmeraldas, záfiro y rubí, poseyendo las características esenciales de las piedras naturales. Montadas únicamente en combinación con diamantes legítimos en engastes de platino y oro. De carácter distinguido y diseño exquisito.

LONDRES
7 Old Bond Street

PARÍS
10 Rue de la Paix

ROMA
144 Corso Umberto

Laboratorios y talleres: Créteil (Seine) Francia.

NIZA
16 Avenue Masséna

BERLIN
15 Unter den Linden

VIENA
2 Kärntnerstrasse

NUEVA YORK
398 Fifth Avenue

CARLSBAD
36 Alte Wiese

Técla

No hay sucursales en la Argentina.